

PÉREZ CABRAL



Al Dr. José
Rodríguez de
con las manos de
poeta,
El Autor
1940.
Baracas.

JENCIBRE

Del autor:

PUBLICADAS:

"Del Suelo". — Poemas, 1938.

"Jengibre". — Novela, 1940.

EN PREPARACION:

**"Medio Pueblo y un Ladrón". — Ensayo histórico de la
República Dominicana.**

**"Un Mulato Entero". — Biografía de Fco. Sánchez del
Rosario.**

"El Apóstol Número Trece". — Biografía de José Martí.

P É R E Z C A B R A L

JEN GIBRE

(NOVELA DOMINICANA)



IMPRESORES UNIDOS

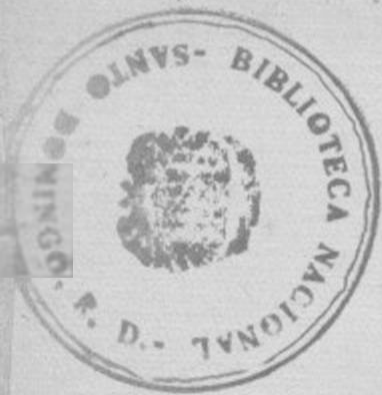
CARACAS — VENEZUELA

1940



31333

Big



A

Juan Isidro Jiménez Grullón.

Buenaventura Sánchez.

P. A. Ruiz Paz-Castillo.

BN
RD 863.42
P438j

CAPITULO I

016339

—Cuando yo veo un guaidia — hablaba Cipriano — se me atrabanca la lengua. Mira, Enerio, yo nunca he matao a naiden, yo'e sío un hombre quieto. Pero esa gente militai me'an sacudío lo de adentro, me'an doblao la pacencia. Por eso, crélo, yo no vo'al pueblo: é que cuando me topo con un guaidia no hago má que miralo d'arriba abajo, con toa la sangre acumulá en la siene. Y dipué que me pasa re-tranco pa vele laj'epalda con la cintura a la vera dei suelo. Tu te tá riendo, Enerio, poique tu no'a creció... Pero mira, que m'enciegue la virge, esa é gente mala; te lo digo yo, que pueo sé tu abuelo.

—Uté tá apasionao, don Chano, loj guaidia no son tan malo. E que loj'hombre...

—Muchacho, muchacho, ej'el unifoime. Tan pronto se ponen polaina se le cambia el epiritu. Yo he vito civile que se poitan decente, pero'ende que se enganchan se vueiven ei diablo: no pagan lo fiao, cubean la mujere, detienen lo carro. Esa ropa é veneno, muchacho!

—Pero mire, viejo, yo conojco guaidia que son buena gente. Yo tengo un amigo de Mao — ei é cabo ¿sabe? — esej'hombre é mano abieita, ende que tá libre se bebe loj cuaito. Y no toma solo, siempre ñama un amigo a la mesa. A mí siempre me bujca...

—No t'enjuague la boca, Enerio. Ese cabo no gajta lo suyo. Si é que appena le pagan lo juto. Eso

cuaito que utede se beben no salen dei sueido. Eso son conseguido a la mala, engañando infelices. Ya te digo, muchacho, yo prefiero lo'haitiano.

Colgándole una sonrisa, Enerio se ha puesto de pié. Se retira, pero quiere hablar último, con triunfo:

—Pué sepa, don Chano, tan pronto yo aprenda a firmar m'engancho al ejéicito.

Y tomó la cuesta del barrio que trepa hasta el rancho torcido de Cipriano Benítez. Mas, ya casi en el plano, las palabras del viejo, como cotorras en lluvia, le cruzaron el hombro:

—Si te mete, no vueiva a eta pueita, bandido!

Recostada la silla contra la tabla hogareña Cipriano echó adentro la cara y la voz:

—Trae jengibre, Felicia, ¡bien fuéite!

No tardó el pozuelo humeante en guiar a la puerta la aplastada figura de la concubina. Mujer de varias guerras, su memoria podía ensartar, como aguja de abuela, muchas presidencias ya muertas. La piel color de gofio se tostaba en el rostro como para tapar la irritación que le vivía los ojos ya blandos por lágrimas diarias, por el humo y por el foete caluroso que golpeaba desde el fogón tan pobre.

—¿Aguaitabaj'a Enerio ei de Pablo García? — dijo Cipriano trayendo la silla a las patas de alante.

—No. Ej'el último trago, Chano, saboréalo con gujto — contestó la mujer.

El viejo ya tomaba la picante infusión. Sin embargo, avaro del sabor, partía cada sorbo para agrandar el fondo. Y hablaba también para mojar las voces:

—A Dió la gracia qu'ete té me alivia. Ese muchacho va poi mal camino, dique va p'al enganche; suponte, Felicia, me lo'a dicho en la cara!, sabiendo lo que a mí me dentra ende que me mientan la guaidia. En mi mesma cara, como si fuea un hombre! Ah! carajo, mía que puñetero...

—Espiró por la boca para refrescar la garganta, mientras con el asiento, bípedo de nuevo, alargó el brazo devolviendo el pozuelo.

—Mira, Chano, déjate de tanto desahogo. Ejto son tiempo fuñone. Eto no son loj tiempo de Heraclio. De momento te matan poi hablá pendejá, y no debe bucaime má dolore é cabeza. Ten consideración, Cipriano, que tu no'ere muchacho!

—Háme el favoi, Felicia.

La mujer entró al bohío con toda la energía de sus últimos reparos plegándole la frente. Y cuando sus pisadas se reintegraron a la buena amistad de la cocina, se oyó la palabra de Cipriano Benítez despidiendo la luz amarilla de un cansancio solar.

—Mejoi que me mienten la madre.

Y quiso dormitar.

El crepúsculo mutiló la claridad del día. Aquel viejo de hondas repugnancias militares se hallaba poseído por el pensamiento con que la desesperación obsequia al hombre mientras dura el reposo casero. La rústica estructura de su mente estaba ya minada por la incertidumbre de futuros que habían azotado la humanidad de Cipriano Benítez con la experiencia vivida en pasados anhelosamente esperados cada vez que el presente le clavó las uñas. Un pesimismo atroz, como un cuerno, habíase yux-

tapuesto a su conciencia aseada por la silvestre floración de bucólicas manías y por un instinto de justicia que Dios coloca, con la mano ciega, en medio de algunos pechos machos.

En su oficio de ebanista recibía con periódica acometividad la cabezada de los apretujamientos, y el taller proletario, niño en el patio de la choza, siempre fué esencia obrera. Y más que esencia, extracto, porque la simpleza de implementos gastados y la pobre reputación de la clase fueron generalmente obstáculos para la instalación urbana. Se vió destinado a los riesgos de un barrio, y allí, en Los Asuntos, suburbio de las charcas, contaba la aspereza de muchos días sin alma. Pedazos materiales de tiempo, como paredes derruidas, agobiaban la infelicidad de Cipriano, su mujer y su hija.

El ocio le fué siempre enemigo, porque traía trabajo a la meditación, para que asaltase. La gravedad económica no halló nunca mejor parcela que la rebeldía de su impotencia social y, aunque las letras no se colaron en ósmosis a través de sus ojos, gozó de una dicha salobre: la constante revolución de su voluntad. Era un revolucionario natural, instintivo.

El dolor habíale remachado los tornillos de la resistencia orgánica y, sin arreglo ya, sin la oportunidad de las sustituciones, estaba, como un aneurisma, diariamente expuesto a la rotura postuma. Y ahora estaba Cipriano Benítez pensando en su pobreza.

Con la vista contra las estrellas de la prima noche, el pulgar de cada mano confesaba los callos

de ambas palmas mientras con la simultaneidad de las cosas afines el recerdo compendiaba los trabajos. Entonces, todas las vicisitudes madrugaban en la sombra de su miseria.

—Tanta brega y ahora toy fuñio...

Y cuando la brisa le trajo algún presagio metióse en la casa huyendo de la rabia.

—Felicia, ¿la Juana no ha llegao?

—Pero tú no te acueida que dipué del trabajo ella dentra a l'ejcuela. Jesú, Cipriano, a ti tó se te oivida!

—Si tó se me olvidara yo viviera contento...

Y arañando el bolsillo extrajo, con el forro, un medio americano:

—Anda y compra raice que ya tengo la guaidia de nuevo en la boca.

La mulata le miró con reproche, colmó la casa de aplausos chancleteando hacia fuera y, sin voltear la cara, rezó casimente:

—Coge mangú y apáitale a Juana.

Y la mujer corrió hacia el compadre que debía escucharle una petición de quietud, que podía entregarle, gratuitamente, la para ella justa tranquilidad de la vejez y de la miseria. Los gritos de Cipriano, el borbotón protestante que le agriaba la voz, como una hemorragia de índices hacia los que majan con culatas la carne de los barrios y de los villorrios, le buscaba camino a su temor para orientarlo derecho a la desgracia, a un nuevo crimen más. Felicia buscaba ayuda para alejar la sangre y procuró a Justino Viloría, padrino de la Juana.

—¿Cómo han anocheció por aquí..., — voceó desde una puerta para llegar primero que su angustia.

—Adelante, comadre.

—¿Tá don Justino?... Yo quisiera veilo.

—Enseguía — y se oyó la caída de un buche de agua que es tapón de la cena de un pobre.

—Pero dentre, Felicia. ¿Qué la trae por aquí?— dijo un hombre doblado, con la boca intranquila bajo la ceja ancha de un bigote canoso.

—No é preciso que dentre poique Chano me aguaida. Pero yo toi de alaima: ya ta ei viejo otra vé insuitando a la guaidia poi virtú de que Enerio, ei de Pablo, eta taide le dijo que pensaba meteise al'ejécito. Imagínese uté que lo asuntén en eso: me lo matan de un pronto. Además, tó lo paga ei jengibre y a ca rato se chupa una taza pa'acabai ei que queda...

—Yo supongo, comadre. Ah! laj cosa de Chano. Ese hombre no entiende que lo puén machacai, qu'ejto tiempo son serio pa nadá contra ei río. Que uté dice, Felicia...

—Pué yo credo que un seimón de su paite le pué convení. La otra vé, cuando uté lo aconsejó, mantuvo muchoj día sin hablái pendejá. Pero ha vueito en ei mé y hoy no tuvo reparo cuando ei condenao d'Enerio le soitó su proyeto.

—Pué seguro ejtaré horitica onde Chano.

—No se olvide, compadre... Adiós todoooo! — dijo Felicia fuertemente para que de adentro dijeran:

—Que la pase biennnn...

Cuando Justino Viloría volvió a la mesa, la mujer y los hijos le enterraron la interrogación de sus miradas.

—Otra vé ei compadre bebiendo jengibre. Ese hombre tá loco.

—¿Diciendo tontería? — preguntó Ramona persiguiendo la confirmación.

—Ajá, hajta un día. Dácame ei sombrero, muchacho — ordenó Justino a su hijo mayor.—Y tú — al otro — anda y dile ai puipero que me mande un tabaco y lo apunte, volando!

—Mira, vieja — dijo el hombre cuando la prole par se dispersó en mandados — la probe comadre se va a vei en la pena como siga Cipriano asoplando la brasa. La otra taide yo diba ai negocio y me di con Cepeda mentando ai compadre con un hombre jabao.

—¿Cuái Cepeda, ei epía?

Entró un muchacho con el ancho sombrero de cana:

—Mire pai, me dió brega jallalo.

Justino fué hasta la puerta y se le oyó gritar:

—Muchacho dei diablo!, no juegue en la calle y camina.

La llama de un fósforo, a poco, y el rancho de Viloría se sintió más cómodo y hueco. Pareció moverse y decirle a los tiernos: — ya se fué.

—Pues vea, Mr. Answer: si yo acepto el contrato todo debe permanecer a oscuras. Ud. sabe, mi puesto no me lo permite.



—Yo comprendo, señor Comisario, pero nosotros somos claros. Ud. va a tirar poca caña y va a ganar mucho dinero. Yo voy a permitirle la ganancia para evitarle a la Compañía muchos gastos.

—¿Y si arriba lo saben? — comentó el Comisario Cordero fijando la vista en un retrato enorme.

—No se impaciente. El señor Fiscal, el señor Juez de Instrucción y el señor Gobernador son también contratistas, y aún permanecen en sus puestos.

—Pero yo tengo muchos enemigos, porque soy bastante recio, sobre todo, cada vez que recibo órdenes de amontonar contravenciones. Ud. comprenderá: éste es un puesto muy delicado.

Answer, ya inquieto, quiso terminar.

—Siendo contratistas las cuatro principales autoridades de la provincia, es difícil que venga alguna sanción de allá — y miró el retrato—. Tendrían que sancionar a los cuatro, y eso sería un escándalo. El mismo presidente recibe \$ 8.000 mensuales de la Compañía, pero nosotros queremos que algunos accidentes permanezcan dentro de los cañaverales ¿me entiende? Esos abogados son terribles...

—Bueno, bueno. No hay más que hablar, soy contratista.

—Entonces, comienza el lunes. Yo le enviaré un buen segundo para el tiro.

Y huyó hacia la puerta.

—Good bye, Mr. Answer.

El automóvil, servil, pagó con una reverencia el pisotón del yanqui.

—Mr. Rodríguez — dijo al chófer.

Para ver a José Rodríguez precisaba ser de un Ingenio. Dueño de grandes almacenes y de la venta exclusiva del azúcar, vivía cubierto de antesalas.

—Ureña! Ureña!

El secretario penetró confuso, con el semblante roto.

—Es la última vez que le permito una falta en la correspondencia con la casa Brower! — y tosió con el puño en los labios—. Ud. ha debido poner “s e ñ o r” con todas sus letras y no “s r” solamente. Yo no puedo permitir tamaña falta de respeto. Oh!, qué dirá esa gente...!

—Pero, don José, si eso está permitido...

Rodríguez acechaba la excusa para saltar con impetu:

—Carajo!, aquí se permite lo que a mí me da la gana, ¿sabe?, lo que a mí me da la gana, a mí, a José Rodríguez, al jefe de esta casa — mientras con ambas manos se apedreaba el pecho.

—¡Puede retirarse! ¡Y ya lo sabe!

Cuando las dos alas de la media puerta quisieron soplar la calentura del ambiente, las palabras amas de permisos tantos hincaron la patria a su alcance:

—Estos criollos son insoportables.

—¿Peleando mucho? — saludó Answer poniendo las palabras con los últimos dos pasos.

—Oh! good morning, compadre; este... no, hombre, no, si un jefe como yo es difícil de hallar. Yo los trato bien a todos, como si fueran mis hijos— intentando ponerse de pié en busca de la superficie de la calma—. Pero a veces es necesario cuidar

la honra de la oficina. A cada rato es una falta, ¡eso no es posible! ¡Son unos irrespetuosos!

—¿La honra de qué? — recordó el yanqui—. Je... je... je...

Y los muelles se agolparon en la mente de Rodríguez:

—Si, si, Mr. Answer, la honra de la casa. Póngase en mi caso y vea que un empleado cometa treinta errores diarios, y en la correspondencia extranjera! Dirán afuera que somos iguales a los dominicanos. Compréndalo, Answer, compréndalo!

Y ofreciendo tabaco:

—Viene uno de su tierra a civilizarlos, a montar oficinas, a edificar ciudades, en fin, ¡a enseñarlos! Y no hay manera de que entiendan.

Pero Answer se había levantado bajo el chaparrón de la queja y caminaba señalando un cuadro:

—A good building! ¿Y dónde tiene Ud. guardado ese rancho?

El español dijo:

—En Barcelona.

—¿Y es suyo?

—Bueno... si y no — contestó en voz baja, perdiendo la energía como quien pierde el pan—. Esos rojos ladrones me lo han ocupado.... Pero yo tengo la culpa. Imagínese: felicité a Franco por la toma de Madrid, y esos bolcheviques me cogieron el cable y la casa! ¡Carajo!, en este país ni las noticias sirven! ¡La prensa fué la culpable! Qué periódicos, qué diarios...!

Y el sajón alegró con ruidos la desgracia ibérica:

—Qué buen juego, don Pepe, ja... ja... ja — y se arrimó de nuevo al escritorio encinta de papeles y de trampas.

—El azúcar subió: \$ 1.30 ahora, ¿bravo?

—Menos mal... Pero, oh! Dios, para qué me ha hablado Ud. de esa maldita casa. Ojalá una bomba, ojalá la rompan! Ah!... si Franco me oyera... — y José Rodríguez alzó las pupilas como para un síncope.

El yanqui saboreó de cerca la inconformidad del español:

—He querido avisarle que la Compañía ha resuelto aumentar dos centavos por cada tonelada cortada. La repatriación de haitianos nos ha obligado a importar barloventinos. Yo traigo una proposición para Ud.: ¿podría pagarnos cinco centavos adicionales por cada 320 libras? Ud. no los perdería.

—Pero no es justicia, Mr. Answer, no es justicia. La Compañía gana mucho más que yo y bien podría evitarme disgustos de aumento. Mi situación es ahora menos holgada desde que me sitúan un Inspector de rentas dentro de mis propios almacenes. Además...

—No, no, Rodríguez, no hable Ud. de justicia. La Compañía debe atender muchos gastos: gastos fijos y gastos eventuales. Ud. no tiene que pagar el dinero presidencial, Ud. no tiene que pagar a dos Cónsules, Ud. no tiene que pagar rompe-huelgas, en fin, Ud. no tiene que pagar jueces... Y si no le es posible, nos veríamos obligados a romper la exclusiva.

—No es que realmente me sea imposible. ¡Qué va!, Mr. Answer, yo puedo complacerlos — interrump-

pió Rodríguez, vivamente, enseñando los dientes de la complacencia—. Simplemente quería prevenirme contra las protestas de los compradores. Eso es todo. Frente a tantos gastos de la Compañía yo debo ser justo y ayudar en la conservación de las mismas ganancias. Hágase de cuenta que no he resistido al principio ¿sabe? Supóngase, tantos gastos... Y a propósito ¿cómo se han visto con el nuevo Cónsul, Mr... Mr...?

No terminó de golpearse la frente el capitalista de la exclusiva:

—Sí, sí, Mr. Bunster, Harold Bunster. Se arregló... aunque con mayor sueldo que el primero. Bair nos quitaba algo menos, pero es diestro el nuevo, muy diestro!, y parece que la sustitución debióse a protestas de algunos cocolos que lograron escribir a Londres. El haitiano también quiso en Marzo aumentar sus entradas, pero pudimos mantenerlo en el mismo nivel.

—Bah... Es dicha que no tenga yo que tratar con semejantes cabrones. Ganan un sueldo especial y tienen ingresos extras. Bien podría eliminarse a esos Cónsules — criticó Rodríguez conservando la templada sensación del mal que pudo acarrearle su embrión de resistencia a la proposición de Answer.

—No lo crea, don Pepe, con ellos nos evitamos muchos trastornos, muchos desórdenes. Los haitianos y los cocolos no hacen sino lo que digan Bunster y Coutard. Mire, por ejemplo, en días pasados se nos coló un negro de alguna ilustración, que intentó comenzar con la formación de un gremio de braceros. Le llamaban Chaly. Sin embargo, Buns-

ter logró deportarlo... ¿Quééee? ¿Las seis y cuarto?
¡I am going!

Y después de retroceder en busca del sombrero, se le oyó decir a la cajera:

—Si ya es de noche...

El timbre telefónico cortó una mala crianza:

—Este americano del carajo no pensaba... Sí, sí, es Pepe ¿qué pasa?

—.....

—¿A qué hora? ¿A las nueve?

—.....

—Está bien, a las nueve. Ni un minuto más!

Como una cabra debajo de un piso cuando llueve a patio limpio, cobijó todo su ocio con pensamientos de crimen:

—Lola cenará donde Antonio... Regresará dentro de tres horas... Juana se despacha a las siete... Seis y veinte... ¡Tengo tiempo! — completó, hablando.

Con el sombrero se tapó el pubis mientras cruzaba rápido los grandes almacenes.

—¡Cierren!

Abajo, abriendo la lujosa portezuela, gritó:

—¿Durmiendo? Carajo!

—Perdone, don José — atinó a decir el chófer.

Luego, reponiéndose:

—Pasé mala noche; tengo un niño enfermo.

—A casa! Pero yá!

Momentos después sólo decía:

—Guárdelo!

Y subía con trece brincos veintiseis escalones:

—Lola! Lola!

—La señora salió. Dejó dicho que cenara.

—¿Nos dejó solos entonces? — dijo Rodríguez poniendo comillas de burbujas a una sonrisa empapada.

Pero su intención falló en la frase muy sabia para la inocencia de la criada.

—Quiero el baño primero.

—Pero... ¿no se bañó usted ya?

—Ah!... Sí... sí, pero tengo calor, mucho calor! Anda, anda.

Y la Juana corrió con las membranas enteras a la preparación de un baño burgués, con agua tibia. Cantaba algo, a media voz. Hoy no sabría decir qué. Con el termómetro de cuatro dedos izquierdos y con meses de servidumbre volvía líquida la temperatura del amo. De pronto, con la misma sorpresa de una regla de destiempo, sintió la circunsferencia que trazaba un abrazo ajeno en torno a su talle.

Con el salto, los senos le temblaron y los ojos del hombre quisieron imitarlos. El susto todo se agarró, lundióndola, de su voz.

—Acércate — gruñó el viejo.

—Pero usted tá loco, don José. ¡Hágame el favor! Se vió apretada por las manos del afán:

—Te aumentaré este mes.

—Suéiteme!

—Déjate!

—Mire que yo soy muchacha...

—Pero me gustas y he aguardado mucho.

La Juana cerraba las piernas como para confundirlas, huía el sexo hacia el vértice de un ángulo cada vez más agudo, pero la fuerza fué bisectriz precisa. Y cuando el sudor fluyó de las axilas para que la raza incitara con protestas, se oyó:

—Menéate!

CAPITULO II

Taringo, novio y bracero, esperaba fuera. En el día, cuando el Sol parece hajar él mismo por las escalas de sus rayos a mirarse en el espejo de cada espalda negra, su brazo y su recuerdo azotaban la caña y el cansancio: con la mocha y con la Juana. Entonces, sus montones son siempre los más altos, porque se nutre con la ilusión crecida de verla cada noche.

Mas, si la luna viste trecientos sesenta grados, el ahorro de un futuro mancebo le arranca la noche prolongándole el día frente a la enormidad de los cañaverales.

Y cada encuentro le era terrón de azúcar para endulzar todo el sudor chorreado.

—¿Tá cansá? Ya yo me diba — fué prólogo quereloso como saludo detrás de una impaciencia, cuando la mulata cayó a la calle como si huyera de un incendio.

Juana, muda, ahorcábase en la fatiga.

—Pero, ¿y ese resuello? Muchacha!

—Fué... que bajé... corriendo.

—Pué tú si tá blandita. Mira: yo lumbé hoy tré, y toy como si ná — comentó el macho haciendo una V con el brazo derecho—. Toca, negra, ¡ésó é jierro!

Pero la Juana aún tenía los ojos redondos. Como una pestaña caída mortificando la visión, el primer recuerdo del abuso auguró perseverancia, co-

mo si, de un salto, recién montara a grupas sobre su pensamiento para la largura de un viaje interminable. Y en el bajo vientre sentía la molestia de algo extraño, de algo que no era de casta, de algo que no era de sus días pasados, una sensación de rareza que no era obrera, que no podía ser proletaria.

Asábase el temor en el fuego de un deseco inminente de llegar pronto a casa, de verse frente a frente con la soledad que no acusa, que no pregunta, que no es juez, que es ciega para el rubor de las mejillas y para la bandera del pecho bajo las brisas de la respiración.

Ansiaba estar a pasos del rancho, para echarse adentro por el callejón protector de las llegadas tardías, por el portón de las casas aldeanas que sería el primero en recibir la emoción casera de su desgracia.

Hablaban poco el Taringo y la Juana. Siempre, porque contar las mismas penas de la misma opresión era rueda de tristezas. Hablaban mejor con las manos, en un vaivén de péndulo, música callada para marcha de novios escondidos. De cuando en vez, si el tacón diario daba un pisotón más recio, había tema para un comentario de guapezas o para quejas de entrañas.

—¿Tu no sabe? Hoy me cojtó echaile un ajo ai pesadoi Urrutia.

Más tranquila, la Juana volvió al hábito:

—¿Y poi qué?

—Pué ná: me quiso robá en ei peso. Ese maldito. . . . Eso sí: como que pudo vei que yo no entro

en toa, que yo no so'haitiano. Hajta le hubiea dao poi jodio. Tu sabe lo que é vé a un criollo iguai que uno robando pa'eso blanco. Y dipué que me coje la caña me dice: "negro é mieida". ¡Muchacha! Tuve ai saitale arriba, pero Aituro me agarró. Ja... ja... ja... si me lo'hubiean dejao...

—Tuviea preso ahora y yo atoimentá — cortó la Juana, cantando casi—. Suponte que tó son iguale, ende la pólecia a loj'extranjero.

—E veidá, mi negra; pué mira, ya que tu mienta l'autoridá ,hoy mimo poi ei Cuey mano vito una pareja de guaidia y asigún dijién lo de Olivare po' allá andaba otra.

Y el Taringo se asió al poste de un tema:

—Ende que devoivién a Chaly se han vijto guaidia d'eso lao, dije bucando propaganda.

—¿Ende que devoivién a quién? — preguntó la mulata.

—A Chaly.

—¿A qué Chaly?

—Adió ¿y yo no te é contao? A Chaly, ei cocolo que no deján ni cobrai un pago.

Y como la compañera dijo:

—Ni una jota.

Continuó:

—Pué asunta, m'hija: es'era un negro de letra. Hombre que hablaba veidá y bonito. Yo'hata creí que noj taba engañando, que no era bracero ná, pero cuando lo vide en arción... ¡con decite que me dió brega pasaile!

Y tomando un impulso en la memoria:

—Pué déjame seguite: esej'hombre noj decia

mucha cosa, que debíamos unino lo bracero, que podíamos asina lograi aumento... Ejpérate... ejpérate... ¡caramba! — y llamaba la frase como si llamara un perro con pulgar e índice — “Que la unión jace la fueiza”, me recueido tai: que lo blanco adueño no son má que uno pillo dei imperialismo; que si eso blanco taban apoyao poi lo gobierno y no quisieran oino la demanda debíamos declararai la jueiga. ¿Tu me tá oyendo, Juana?

—Ah... Si, sí, como nó, hombre — repuso la hembra surgiendo de abajo de la plancha que la tortura habíale impuesto.

Habíase visto de nuevo con la mano burguesa trasteándole lo que siempre juzgó del novio. Se vió de nuevo en defensa fallida y apretujó los muslos hasta perder el paso.

—Pareció que pensate en aigo. ¿P'onde yo diba? Ajá... pué riete tó lo que dijo es'inglé. Con decite que dijo que nojotro debíamos mandai a la guaidia y que cada soidao debía obedeceino. Es' hombre si hablaba, ¡manífica! Pué pa no cansate: ni'han duró do semana. Un día en ei coite le trajién la oiden de dirse y ei mesmo Cónsul lo llevó p'al pueblo. Y la gente dice que Chaly peitenece a una liga de trabajadore y que ha dejao un agente en lo mesmo bateye.

Las primeras casas del barrio se quedaron atrás. Pero el vecindario, regado a las puertas, orientó a la pareja con palabras de chisme:

—Ahí vá la de Chano.

—Y ei se aceica má tó lo día.

—Ay, si lo atrapan.

—Como que Juana ha engoidao. Jum! Dió quiera y no sea.

—Jacinta! Habrán dao ya la nueve. ¡Mira ei reló!

—Aguaita ese pai.

Y cuando la cuesta del rancho aguardaba en la última esquina, la Juana soltó, como si fuera sola:

—Devuévete de aquí! Hay gente en la pueita.

Y empezó a correr.

—

—Yo se lo agradeço, compadre, pero créalo Justino, yo no soy culpable. E que a vece no pueo dominame, aunque quiea. Yo no quieo ni pensailo! Si uté viea lo que ejtino yo a Enerio. ¡Lo quieo de a veidá! Ei muchacho no é malo; lo que pasa é la junta. Loj muchachoj no piensan. Na má ven l'aparencia. Mire: yo conojco a Pablito ende que mamamo. Ei no é capá d'enseñaie a su hijo ei enganche. Eso'han sío loj amigo: un tai cabo de Mao que lo envita a bebei.

—Pero Chano, uté debe tenei voluntá p'aguantase la boca. Si uno juera a decí lo que piensa ya tuviea sepultao. Tenga en cuenta que se llevan a uno d'encuentro poi cuaiquié zoquetá. Y dipué tó lo arreglan con ei mico de la gente. Uté tá mai mirao, Cipriano, se lo digo de vera! Haga ejuéizo y no abra la boca anque muera afisiao. Además, semo loj'hombre que debemo ponei ei ejemplo en la casa.

Cipriano Benítez parecía no escuchar la palabra sedante del compadre y amigo. Aún estuvo a punto de tizarle la cara, diciéndole: ~~p~~endejo! Mas,

no quiso ofenderle y se fué por detrás de la frase vecina para ver bien de cerca la intención excelente que animaba el reproche de Justino Viloria.

—¿Uté cré que yo nunca é querío no hacei caso a loj crimenej? Hata é dicho aigún día: en no siendo cormigo ¡que se cojan ei mundo! ¡Po que vá! Ni'han me dura un segundo la inconcencia. No se pué mantené la ceguera ante tanto atropello. E que yo é vito mucho, compadre! Uté nó, que ni'han se ha movío dei lugai — habló maquinalmente Cipriano Benítez, empujando el sombrero de cana hacia la nuca curtida como para libertar la memoria de la restricción de un marco.

Pero Justino ha querido tocarle lo hondo:

—Ademá, compai Chano, la comadre lo sufre. Ella piensa qu'un día amanece enviudá. Y le sobra razón, digo yo...

—Bendición padrino! — había dicho la Juana empujando con maña la puerta del patio. Y, desapareciendo, recibió la gracia:

—Que Dió la bendiga!

Cipriano cojió la pausa para ser dueño de la noche restante:

—Pué vea, pá que ai finai me diga — y recostó el asiento—. Como uté bién lo sabe, yo soy dei Patú, a la vera dei Jaina, a dos'hora é Bonao. Mi familia siempre tuvo tierra y rese. Poi supueto, no eran mucha, poique éramo probe, pero pá viví: taban má que buena! Viendo a pai trabajando en la siembra de vívere y a mama en su ayuda, ansina juí creciendo... Sin sabeí de número m'aprendí lo colore de laj'aiguna vaca que teniano. Pai diba a

Bonao dó vece poi mé, y me lloran los'oyo ai recueido de veilo en la yegua rusilla!... emprendé rumbo arriba.

Sacudió la nariz contra el suelo y se trajo el sombrero de nuevo a la frente como para limitar ahora la memoria.

—La única plaga eran lo cuatrero. Justino, yo recueido un tai Pepe. Ave María, ¡qu'hombre má pillo! Muchaj vece tuvimo que atajai lo bandido. Cuando mama murió, me recueido enterito: taba yo peisiguiendo a un tai Manuei, compañero de Pepe. Cuando voivi ai lugai sólo vide mi taita con los'ojoj'aguao, y antonce me dijo: “anda y búcate un hoyo en buen pueto”.

Echó al suelo otra vez lo que la tristeza le trajo a la nariz y se metió en la conversación como si recién comenzara:

—Pai se jué apagando como una estrella vieja ende que mama se voivió difunta. A cá rato pensaba que se me diba a dí, pero mire, Justino, ¡toavía tuviea vivo! —y, rabiosamente, estrujó las manos, una contra otra, queriendo tener cerca algo de grandes culpas—. ¡Ese si jué un viejo fueite! Cuando yo tenía ya quince ei andaba ya doblao y la última vé que le hablé, una taide negruca, ya taba Heraclio en ei suelo.

—Así memo é la mueite. Hay lo viejo chocheando que parecen gobieino. Uno cré que ei momento ha llegao y se vueiven pá trá. Ni'unque lo hicién dipresamente... —quiso intercalar Justino Viloría para que no se pensara que el recuerdo ahuyentaba atención y creencia.

—Jui p'al Bonao a bucaile fricione y aunque casi volé... ah! cará... pa que m'antojé de ese vaje! —regañose mirando hacia el Sur—. A mí ná me ha pasao como éso! Pa qué diablo me iría! Pué vea: ai voivei con la untura, cada vé que me acueido ni'han sé lo que diea poi sabei quiene jue-ron! Mire, mire, compadre, lo encontré asesinao, ¡con ei pecho trozao! Toavía taba la sangre saliendo, colorá, colorá!

Levantose con la energía temblándole en el rostro:

—Pero yo que había vito a ese viejo tan duro ai morise la mama, sólo quise podei agarrá aunque fuea uno! Y cogí pa lo lao dei Manchao, como loco, vomitando la epuma y gritando:

¡Asesino! ¡Asesino! Tan pendejo!

—Divariando una hora me mantuve en el lomo dei chongo. Y llegué con los'ojos primero onde ei vale Fulgencio; que clavaba una pueita. Sólo pueo recoidá su palabra que de un poco me tumban: “vale Chano ¿ha tao bueno ei negocio? Yo loj vide pasai con la rese. Eran cuatro soidao. ¿Cuánto dién?”

—Será posible, Cipriano — interrumpió Justino con el rostro repleto de muecas y de sombras.

—¡Poi la Juana! — juró el compadre, como si partido en el medio, afirmara de un lado y gimiera del otro.

Y antes de que Justino alzara la cabeza, que había bajado en busca de la tierra lampiña que predice un vestibulo de choza, para moverla frente a ella, sacudiendo el asombro adherido a la ca-

ra como un parche, el dolor de Cipriano siguió brotando de la arteria rota:

—Yo ni'han quise voivei a la casa. Ma, me dije: "tu ere hombre de brío, Cipriano Benite, anda y vucive".

Loco entonces, con la garganta ardida por el ácido que había corrido junto a la narración, inmigrando en la vehemencia que actualizaba el pretérito, madre de su convicción, de su grito y de su vida, movió los brazos asiendo por el tronco a un personaje ausente:

—¡Diga! ¡Diga!, Justino ¿y poi qué lo matán? ¿Poi qué se dién esoj guaidia a tai crimen trozando a ese viejo defendenso, ya lisiao poi los año? ¡Diga! ¡Diga!

—Son ei diablo... — apenas pudo balbucear el oyente, con los labios caídos.

—Y dipué — continuó roncando Cipriano Benitez. — Me tuve que dí dei lugai, dipué de bregá poi quedame en mi rancho, en aquéllo tan mío, que yo habia trabajao con eto dó brazo — y extendió las manos como dos bandejas.

—En totai, me cotó dime luego: una taide se me presentó un endevio y me dijo: "¿Cuánto quié poi la finca?"

—¡Yo no la doy poi ná! — le ripuse.

—Ei Generai la necesita y é mejoi que la venda. Ei va sei presidente.

—Yo no tengo que vei con ningún Generai! ¿Y uté sabe, compadre, quién era que diba a sei presidente? Ei mimo, Jutino, el hijo dei Pepe, ei cuatrero mentao...

—Por favor— dijo el compadre nerviosísimo, rodando la cabeza en varias direcciones —. ¡Tenga juicio! Cipriano!

Mientras Justino huía de regreso, perseguido por una recua de pensamientos paridos por la narración del compadre, miedoso de la esquina como si en cada recodo se ocultara un disparo, caminaba por las vértebras de la calle, abandonando el trillo bordeado por el zurcido de la grama, hasta que el asilo del hogar se le ofreció como una falda.

La lámina de sangre y de agarrones, impresa por Cipriano con tinta de garganta y pinceles de mímica, en el paño de luz que una lámpara de barrio hace flotar a través de la puerta chocera, parecía empujarle con la intermitente energía con que, antes, su padre le echaba siempre que las nueve de la noche sonaban para mandar el recogimiento de la muchachada barrera.

Pensaba su conciencia remordida en el epílogo del acaloramiento:

—Cipriano tá en lo cieito...

—Pero acá, en la incómoda estrechez de un aposento humildismo, la Juana juntaba con la mente los pedazos de su futuro roto.

—Qué me harán cuando me'aguaiten llena — pensó bajo el insomnio, en un monólogo mudo de proyectos.

Y se miraba como involuntario imán de los alfileres de un reproche o como una alfombra de rico en sábado de aseo.

Tiró de cuatro meses con la misma contrariedad de quien tira de una cuerda podrida, y, para acostumbrarse al golpe, presentó a su alma el instante aún lejano en que un juicio de padres le derramaría toda la amargura de quien, sin monedas inútiles, concentraba su ahorro sobre la honra de la chopa hija. Y como si aquel presente debiera ser yunta de los tiempos, corrió hacia atrás, cual hembra que ve placer en las agravaciones, en busca de una frase que fué final de crianza:

—M'hija, laj mujere se protegen sola.

Y más acá, sobre el camino alargado del retorno, el Taringo amasaba ilusiones. Tal parece, que para poner liviana la pesadez que inicia un nuevo día de espera, veinticuatro horas de ayuno contadas por su corazón — reloj de sus descos — metía siempre a la novia en lenguaje de cálculos, agregando jornales a una torre de bregas, para creer que la llevaba cerca:

—En de que saiga la zafra me le junto pa siempre.

Y, separado del suelo por la ingeniería de la urbe, José Rodríguez calmaba el temblor de sus rodillas — símbolo de pecado con hurto — con la música exótica de una sala burguesa:

—No es gran cosa...

Pero la mujer entraba y el esposo debía quedar limpio. Actualizó su mente aseando la memoria como si le pasara una toalla.

CAPITULO III

Hay que abrazarse a los cañaverales para medirlos en toda su inmensidad pasiva y dócil. Parecen pueblos nuestros!

La verdura de las hojas es maravillosa. Díjese que enloquece al bracero hasta estamparle en la frente la fija concepción de una esperanza incabable, a pesar de su movilidad bajo la dictadura de las brisas, a pesar de la guillotina que corta pies y cuellos, y a pesar de la masticación de algún incendio protestante. Cuando el aire es mozo y quiere jugar, despeina flores mareando la parcela, como si se esforzara en no permitir que los tallos adivinen la dirección de sus retozos. Las cañas son entonces banderolas acompasando un canto de colegio. La verdura es el imán de una esperanza que diariamente atrae al brazo proletario, que, de un lado a otro, dibujando arcos de una gimnasia terrible, trozando dulzores, parece negar constantemente para seguir hasta el fin, donde se atan la tierra de la espalda y la tierra de la frente. La verdura de los cañaverales es la película monótona pero naturalmente placentera que ocluye el tamaño de la brega, augurando descansos, mas, desterrando de la mente cualquier función de cálculo. Rompe las dimensiones. Es ironía. Es cómplice.

La tierra es traicionada. Cuando la fertilidad se quiebra alzando retoños, empujando hacia el ce-

nit los primeros arbustos espigados, como si quisiera alcanzarlo con espadas, cuando ella misma se fecunda con vidas hijas de antaño, en una readquisición de ciclos, parece decir a todas las corrientes: mi riqueza es para todas las pobrezas.

Pero cada grano de oro, cada pasta de almibar es una moneda para las minorías, como si no fueran todas las vegetaciones fuentes de bienaventuranzas polimorfas, como si cada grito terrenal no surgiera innominado, sin el nombre civil de los latifundios, sin la herencia de los apelativos parciales, sin la fé de bautismo de las consignaciones catastrales

Madre Tierra, ¿es que no tienes venganza? ¿es que no recuerdas cuando El les echó del templo? ¿es que no eres cristiana? Si es que para tu justicia aún falta tiempo, pareces también cómplice, ¡tierra indiferente! Ahuyéntales con los estremecimientos de tu dorso infinito, como si una mansa bestia parida sacudiera reposos centenarios.

Es instante ya para que tú, filantrópica ciega, veas la cuadratura de las usurpaciones. O es que tu sostén te hace compatriota.

Así es el ^lcorpachón de los cañaverales.

Frente a la masa blanda y flotante, el Taringo vertía los humores. Verle en el afán era verle contra un gran enemigo, lanzándole los brazos, meciedo la simetría de su cuerpo casi en defensa, como si la vegetación le atacase.

Aquello no es trabajo, ni tarea, ni lucha, ni labor. Aquello es una rasuración sobre una cara de la tierra. Allí todo se pierde: sale el sudor en hi-

los de tragedia, sale el aliento capaz de empañar el cristal de la mejora, sale el grito fuerte para hacer caer los frutos, sale la sangre para enrojecer la esperanza, sale el canto para engañar a quienes cantan, y sale la vida. Nada se devuelve, porque lo que se adquiere permanece allí mismo, porque el obrero es minuyendo y porque la carne proletaria es una tambora del regimiento imperialista.

La crudeza del problema es un rigor de infiernos. El criollo, una fisonomía, se arranca de raíz para elevarse en la defensa: ante el clavo del tirano, ante el rodillo del capital exótico y ante la forzada inmigración de los camaradas diligentes y recios. Se traen haitianos y barloventinos, brazos de afuera, porque, para la muela blanca, la piel oscura protege mejor el desgaste. Dijérase que se quiere hacer de la pequeña isla un muestrario de tristezas, una paila para la ebullición de tres desgracias afines, el centro de un disturbio amargamente nuestro.

El hombre es, en las sabanas del Este, una piedra magnética fijada en el ombligo de una choza, entre paredes erizadas de púas, marchando todas, en avance de tortura, hasta aprisionarle, para hacer de cada fibra un manantial cristiano. Y no es más histórico, no es más bíblico, porque si extendiera los brazos para formar la cruz de carne se entregara más pronto a las punzadas.

Aquello es un dolor.

La locomotora, film de hierro, asombra la verduura, la burla y la estremece. Cada plantta la mira con horror, cargada de los restos, huesos de la flo-

ra y de la fauna bregadora, fémures de la esclavitud. Es la cañería constante que lleva el azúcar virgen a la devoración de las máquinas. Y se prolonga también hasta los muelles, para la dolorosa emigración de la tierra que ha querido alzarse.

Dueña del camino, sus ruedas son muy nobles para pisar el fango: van sobre la alfombra de los rieles. Silbando a veces, odiosa, con la condescendencia del perdonavidas, el pito es una petición que ordena, porque la locomotora es ciega, incontenible, no sufre, no lastima, quebranta. Y la pierna de un hombre es, bajo la mole, una caña que rueda desde el lomo, y que se pierde!

Rugiendo junto al peso, impaciente, parece asimismo fijar la yunta asexual que, lentamente, habituada ya, viene a cargarla entera. La carreta es tan nuestra que debe dar mil vueltas, para que ella, la exótica, recorra el cuidado sendero de las paralelas que convergen: en la gran desgracia.

El campo es opiparo en los ruidos. La voz mandona del canalla blanco, la maña católica del criollo sin conciencia, que no conoce el honor, hecha voz de confesonario, y el canto del obrero, lejano a la armonía como cercano al pecho que lo exclama cual una autoridad que ha de poner en fuga la escena cubicada.

Y todo se vive en la riqueza tuerta de una zafra. Alumbramiento, floración, sazón en el jarabe, estruendo, voz, y la traición.

Las viviendas hediondas, unificadoras del sueño en el batey, chispeando bromas, desesperadas por la luz de un carburo, son los tramos del descan-

so. Allí se forman las nuevas cuentas, las encargadas de alcanzar el futuro demasiado lejos para la sufrida contextura de los presentes mansos.

Así está la zafra estirando los símbolos como una cinta elástica. Clavando el *inri* sobre las frentes.

Sufriendo.

Chás... klinnn... Chás... klinnn... Chás... klinnn.

—Ansina é!, muchacho.

—P'alante!

—Ni'an que te dii gabela, ¡Poifirio!

Ohoohóoooo... Ohoohóoooo... Ohoohoooo...
 ...oohóo ...oohóo ... oohoo... oohoo... oohoo...
 Chás... klinnn... Chás... klinnn... Chás... klinnn.

Parecen saltar las cañas de la verdura. Simulan corcovos de la tierra. Mas, es la mocha, mágica, filosa, rítmica, en vaivén de fiebre, guillotina de los tobillos dulces, impulsada por la cadencia campesina, —nafta de los biceps. Hay porfía, nacimiento de la lucha humana, el desafío en la brega para llegar mejor a la meta propuesta, una filosofía instintiva para poner algo de por medio entre la masa a deshacer y la fuerza del empuje. Así pone el bracero el egoísmo tierno de la primicia en la faena, en busca de una venda que le esconda el pesimismo penetrante a los ojos, cada vez que, erecto, mira la métrica verde. Se disputan la magnitud del trabajo. Se disputan la tragedia.

¿Por qué reta al brazo? ¿Por qué trota la broma

hacia el amor propio compañero? ¿Por qué quiere vencerle? Es la imposición de la impotencia. El guante del dolor contra la cara del dolor vecino. Es el doble lamento: la idea que enerva como himno de labores y el triunfo que harta a medias la insufrible condición de los iguales. No quiere la desgracia ser pareja. Y se engaña. Se burla de sí misma. Porque la victoria es luego sonrisa en el patrón que observa la obra pronta. Contento en el capataz que dice: —Buen trabajo! —*A fine job!* O, si es astuto, introduce entonces la espina en la vergüenza: —¡Aprendan del Taringo! Vientos que ufanan al pretendido ejemplo, encimándole casi en el tiempo de elogio: —Ni 'an tó junto me topan! Pero, más tarde, el derrumbe regresa, cargado de estampas, y el héroe comparte los víveres, comparte el insulto y es coautor de muchas quincenas vacías.

Hay tregua. El Sol se ha fugado ahora porque las espaldas están verticales y no hay sitio para clavar el fuego. Nublado como está el tiempo, algunos picadores comen las raíces sembradas y cocidas a la vera de la caña, como la vida misma. ¿Dulces o amargas? Amargas, muy amargas, porque el sudor caído las empapa filtrándose y porque todo el dulzor que pueda protegerse bajo el suelo es absorbido por los largos canutos que, trás la metamorfosis, lo llevan hasta fuera. En la tregua, escasa, quiere repararse parte de la energía perdida. Como si un hombre, en el pequeño descanso, torciérase hacia el suelo en recogimiento de cosas echadas desde tiempo.

De pronto, color de sangre, un grito surge debajo de un gran peso. Un grito que sugiere largura, pero que ha sido tronchado, que no ha sido parábola fónica, que no ha podido, en su tiempo trunco, arrojar todo el dolor que de adentro traía. Un pájaro en ascenso cogido por una mano enorme.

—¡Aguaiten!

—Lo molió seguro...

—Manífica!

—¿Habrá sio a Pancho?

Así rompen la realidad, con asombros, con preguntas, queriendo, en supremo esfuerzo de aceleración, traer a sus plantas el lugar donde el suceso ha teñido la verdura. Mas, cuando la certeza aún queda hermética, blindada por la distancia, comprenden casi la esterilidad de las exclamaciones, y entonces, mudos, nada pueden leerse recíprocamente, y se arrojan en pos de la visión, huyendo trás la nueva traída por el grito, sin abandonar las mochas, pues no son capaces de correr sin la vida barata entre las manos.

De cada pieza brotan los sustos, humanizados apenas, atraídos por la curiosidad pia que ha removido las hojas en la primera huída, a saltos hacia donde la otra gente, más próxima a la muerte, muévase sin la brújula que arranca el accidente de los piés del hombre. Algún perro, degeneración sufrida de los bipedos nuestros, ha ladrado molesto por la revolución turbadora de su paz, porque para él es paz el hambre, la muerte a gotas y el crimen diario de los montes, porque para el perro la lentitud es paz.

—Fué a Prudencio, ei chuchero é la “Pinta”.

—Ei probe...

—Carajo!

—¡Llévenlo pronto!

—¡Ai pueblo!

—Nó. Aquí é mejoi, ¡si tá sangrando!

—Pero, crijtiano, si hoy é lune.

Ya el monstruo de hierro había seguido la ruta. Trituró unas cuantas libras de barro campesino, sin quererlo, quizás por no arriesgar el tiempo del amontonamiento sobre el lomo, tal vez porque había premura en llenar las tragaderas del trapiche. Mientras, atrás, los muchachos de Prudencio y la negra, mujer y criada, gritan la sorpresa de ver, con otros ojos, cómo se licuaba en rojo el pan de cada día. Llanto de malcriados, sin lágrimas frecuentes, pues la boca abríase desmesuradamente para cerrar las cuencas lagrimeantes. Y los demás callados, cargan con el cuerpo de la víctima al hospital del pueblo, veloces, a sabiendas de que, sobre los hombros, la muerte podía viajar en el retorno.

Reacudiendo a las piezas, hablan entre toques de conservación, volviendo atrás los rostros, temerosos de que una catapulta aplastara ahora la nerviosa sensación de palpar entero cada cuerpo:

—Anoche mesmo me hablaba de su viaje.

—¿Pa'onde diba?

—Pa'ai Cibao, su tierra. Taba viejo de sobra.

—Ey!, Taringo, ¿te fijate en la máquina?

Arrancó de a seguío.

—Y tan pronto!

—Como si ná hubiea sío.

—Abusadore!

—Asesinoj de mieida...

—Y tan sució! Ni'an siquiea se bajó.

Ohoohóoooo... oohóoo. Ohoohóoooo... oohoo.
Ohoohóoooo... oohóoo. Chás... klínnn. Chás...
klínnn. Chás... klínnn.

Había muerto Prudencio.

Por el mortuorio no iba Taringo al pueblo. Ya tarde, con la noche encima, largóse, camino adentro, hacia la pena amiga. Por entre la verdura, partía la frescura que las piezas se envían. Y, aunque la tristeza se arremolinaba junto al pecho, cantaba, no para estar alegre, porque el batey es mejor teatro para la acústica de elegías:

“Yo taba tan peiseguío
y tan peiseguío yo taba,
que dipué que m'econdí
yo mesmo no m'encontraba”.

Por entre las sombras, como el aliento de un ganso, una voz le arrebató la marcha:

—Taringo... Taringo... Tarin...

—¡Carajo!

La voz se hizo recia y fueron dos las que poblaron el trillo.

—Soy yo.

—¿Quién é?

—Marco, ei de Cacarajícara.

—¡Muchacho!, hajta un día se asujtan los' hombre.

—No é jugando, mi'heimano. ¿Te ricueida de Chaly?

—Seguro...

—M'ejcribió tras'antiéi. Noj promete voivei, pero quié que vayamo meneando la brasa, ajuntando loj grupo hajta vei si foimamo ei gremio, en Romana y aqui.

—Pué a mi siempre me tienen dipueto. Eso sí: mira bien lo que hacemo, ecojiendo lo bueno.

Vamoj a vei si planeamo un convite pa lo día de la Crú.

—No hay que hablai!

Y, entonces, se dieron las espaldas para marchar de frente.

CAPITULO IV

—¿Su nombre?

—Enerio García.

—¿Edad?

—Bueno, asigún mi taita na má son loj'veinte.

—¿Que oficio conoce?

—Tocai la guitarra.

El ambiente apesta a grasa de armas. Sin embargo es limpio el local, y claro. La luz se dá cual negra inocentona, íntegra. La fotografía del jefe, de un jefe, está contra los muros frontales. Es la estampa de un santo. Y Enerio la observa, gozoso, soñador, con la mirada terca clavándola en el marco a través de los años que vienen.

De fuera llegan los mandos. Enérgicos, ladridos de perro cebado, asustan al mozo que quiere aprender los motivos, rodando el pescuezo para unir las ventanas y tragar lo que el patio disfruta.

—¡Cabo Lara!

—¡Presente!

—Acompañe a García! Que lo vea el Coronel!

La vanidad que pudo almacenar desde niño asomóle a los poros. ¡Escoltado! ¡Y recién se enganchara! Marcializó los pasos, alzóse de codos y quiso adivinar cada recodo, para que no le guiaran.

—¿Qué tiempo uté tiene alitao?

—Cinco añoj.

—Y na má do raya...

—...

Llegaron al pasillo que, por los helechos, anuncia el dispensario. Pero el yodoformo es más ágil aviso:

—Fóo!...

—Ya a mí no me coita —derramó el Cabo Lara, sonriendo sus días en el clima.

La pregunta no abandonó los labios del nuevo. La rigidez del compañero y la mano derecha saltando a su frente habíanle cercenado la fisiología que lanza las palabras.

—Pase! ¡Y afuera la`ropa!

Nadie lo hizo nunca tan pronto, pues había esmero en cumplir, madera de molde y ganas del alma. Registráronle el nombre, los granos, el pecho y los taitas. Y luego le han dado las joyas: el par de polainas. Las agarró con sed, las puso en la nariz buscando el estreno y si oliera algún libro reciente no habría sentido tan buen olor a fresco:

—¿Me las pueo ya caizai de un`pronto?

Mancuera de la villa es aquella oficina de la Compañía de Seguros. En la pequeña sala donde el obrero hace turno, la caoba es espejo por brillante y por suave. Apesar de que allí, trás el muro, se vendan heridas, se amputan pedazos y se grita con fuerza, el pequeño salón parece de casino. Algún búcaro frágil injerta el jardín y la gracia, sobre la

mesa torneada con paño bordado y prensa de ayer. Y las flores se cambian a diario por manos de mujer, criada o pariente, ya que, a un lado, dios de la isla, hay también la estampa de un santo: el jefe. La sala burguesa resume talentos de la gente fina, del menudo y de la mecánica criolla. No hay contraste más cristiano. Continente y contenido. Salón y huésped.

La negra, madura y raída, todavía con promesa de Fundas de arroz porque no le es posible cumplir con el lloro, para engañar la piel y decir con negruras que ha sentido el difunto. Está triste, sentada a la orilla, en plena madera, porque teme dañar la pajilla que cuele opresión cuando las nalgas la hunden.

Forma con las manos un lazo de callos, sobre la tela dúctil, a la altura del sexo por donde entró el trabajo. Y sólo las desune para asir por el brazo al pequeño que quiere lanzarse al mar de limpiezas para mancharlo con sus remos curiosos, tocando su imagen, oblonga, feucha, sobre la madera tan linda. Le pellizca y le dice:

—Tranquilo!, Perucho.

Pero el muchacho quiere borrarse. No es tan feo! Y está odiando las tablas bruñidas. Métese el dedo en la boca, lo moja y lo frota contra la burla. Vuelve la reprimenda como una avispa, se le hincan en el brazo y le sopla con más coraje que si le hablaran alto:

—Ya empañate el asiento!

Ahora tiene el macaco la fisonomía recogida, trepa los ojos hasta las cejas mientras procura en

la mama que los labios le amansen el regaño. ¡Está bravo!, con los labios florecidos como si le hediera algo. Bailan los piés que no tocan el suelo por cortos, el mentón encuentra sostén en el pecho, la madre le mira casi con la sién ceniza y ambos están otra vez pensando en la espera. No hay calor para ellos, ni tiempo, ni azogue en la sangre, ni derecho a la queja si un mosquito les llama las manos a golpearse las tibias, ni urgencia, ni bulla, ni siquiera moverse de plaza cuando la gravedad enciende las asentaderas, ni protesta, ni el pan de las letras que entretienen la impaciencia, ni la mente se fuga hasta el rancho distante porque sólo él retiene la ausencia del macho y al otro muchacho repicando la fiebre palúdica.

Hay bostezo.

La calle les manda cualquier cosa. Algún ruido, alguna voz pregona, alguna sirena, ama de la esquina. Manda también, de pronto, la herida de un hombre, oculta bajo el cartel de la gasa. Es un fruto de fábrica. Ya hay equilibrio en la sala, pues el recién venido contará el accidente: un traspiés o un ayuno. Aunque la herida, sobre toda la oreja, es de esas que duelen con verlas.

—¡Que pase el que sea!

Con el hijo a rastras ,torpemente, si ya no esperaba la voz de pase, atolondrada por el reclamo muy súbito, corrió la negra tropezando los muebles.

A través del escritorio, a través de una trinchera, calva de caoba, las gafas son dos platos ayudando a dos ojos que debieran ser ciegos. Las pupilas

son color de avellana y la intención color de muerte. Es el Señor Gerente.

—¿Cómo se llama?

—Yo soy la viuda de Prudencio Macario, el difunto dei lunej pasao.

—Ajá, ajá... Sí, sí, el negro aquel que se cayó del tren.

Mujer que baja los ojos es hembra rendida. Y la negra cerró los párpados, como, malamente, nos pasa muchas veces al querer, sin frutos, evitar un golpe que ya nos ha llegado. Son los reflejos del alma.

—Vamos a ver, madama, ¿trajo Ud. el acta matrimonial?

—¿Ei qué?

—El documento que prueba que Ud. y el difunto Prudencio Macario son, mejor dicho, eran casados.

—Pero mire, señoi, nosotros no tábamo unio poi ei cura. Yo m'emplíe con Prudencio hacen ya treinta año...

—Ah... carajo! Pero cómo es que Ud. se atreve a molestar la oficina sin estar dentro de la ley. Como es que...

—Pero...

—No, no, no hay pero que valga. Ah... carajo!, parece mentira que se quiera entorpecer la labor de un hombre, así por el gusto, Mire, mire, aquí tiene la ley; fíjese bien!: página veintitrés, textualmente: "...al cónyuge no divorciado ni separado de cuerpo". ¿Oye bien? ¡Al cónyuge! ¡Al cónyuge! Al marido o a la mujer ¿sabe? No a la querida ni

a la puta ¿me entiende? A la señora, a la doña . . . Ah, sí, sí, no hay vuelta posible. ¡Que vá!, si es que Ud. no es viuda . . .

—Pue si quiere pregunte al batey. Allá puén decile si nunca noj vieron peliai, ni'an siquieia de a jugando.

—Ah! ¿se está haciendo ahora la sabia? Pues yo si la enseño bien pronto. ¡Oigalo bien!, negra vieja: Ud. no tiene derecho ninguno a reclamación contra la Compañía, porque Ud. no era casada con el muerto ¿entiende? . . . por que us ted no e ra ca sa da con el muer to . . . Así bien claro: ¡absolutamente ningún derecho! — y la miró con todas las órbitas que pudo, ametrallando la mesa, enrojecido, tiznando el pañuelo de crueldad a medida que lo estrujaba contra el cuello.

Ni la ronca palabra del captaz Pichardo, ni la furia del conductor de la "Pinta", ni el mismo Mr. Kluck, terror de los de abajo, habíanle llegado con tal empuje a sus oídos, rompiendo la corteza de su timidez montaraz. Atinó apenas a empuñar por la ropa al retoño, quien, empeñado en empañar de nuevo sus propias imágenes, quiso asirse locamente al escritorio.

—¡Vámono m'hijo!

—Y si quiere dinero: ¡alquilese!

Con las lluvias, "Los Asuntos" no es transitable. Un coche, tradición en derrota, lo recorre en veces, siempre que algún caballero visite la querida. Va entonces el carruaje peor que en mar de fondo, arando lodazales, para dejar después, sobre las calles,

las ranuras larguísimas — huellas del resabio extradoméstico. La muchachada que juega hasta las nueve, lo mira con malicia, gritándole:

—Baico é vela!

—Baico é vela!

—¡A buen pueito!

—¡A buen pueito!

—¡A buen...!

Lazzzzzzzzzz

El chuchazo graba en el aire la rabia del cochero.

La cuerda se enreda a los piés de un travieso. Cae, se alfombra entre los baches, está ya libre, quiere fugarse pero antes le alcanza el rebencazo en las espaldas quemando como brasa. Si una madre se asoma a la puerta toma parte también en la escena:

—Diganle ei dicho otra vé!

Entre los ranchos la noche mojada acerca más las penas. Las luces del gas son más oscuras: la humedad las invade. Se recuerdan los muertos porque la tristeza lluviosa es el luto del día. Asimismo se arriman las hambres, vienen de manos del trabajo o del fracaso, trayéndolo aprisa a visitar los intimismos rancheros.

—Me acueido yo de la probe Inocencia...

—Hoy no pude ni echá'un solo viaje...

—¿Que ta pasa, mujei?

—Ná, que Fedé no ha cenao...

Mas, el hilo agrega otras cuentas, otras vidas, otros aposentos. Es el gran rosario de "Los Asuntos":

—¿Trujo aigo?... La bendición mi pai!

—Ni'an papei.

¿Qué hace luego la madre? A escondidas del viejo ordena al muchacho la tourné por el centro, orden que no falta desde que el niño vió que el muchacho vecino hace rato marchó en pos de idénticas mañas. El taito lo ignora. Siempre ha dicho:—No se debe pedí!, clavando un letrero de orgullo en la puerta del bohío.

—Con la leche pedía na bueno se cría.

Aún en la bajada, donde empiezan las casas mejores, donde aparece la acera haragana en llegar hasta el barrio, dijérase que se anda entre ríos. El agua de arriba se enrola con otras según se descende, formando en los costados de los callejones buenos caños sonoros. Aquel ruido del agua penetra las hendidias, mientras el chico, acostado a las malas, pide a Dios que conserve hasta pronto el torrente en que navegarán los barcos de la junta.

Las calles embreadas de la Ciudad apenas si ennegrecen con el agua, que sobra en los alrededores. Si ha vivido en alguna la panza de un empleo en buenas alturas, será mejor que otras, más moderna, más resistente a los embates del cielo. El pueblo no tiene justas las gentes, y a no ser por las puertas abiertas que hacen del cauce intestino de extras, no tuviera la urbe apariencia de tal. Sobre todo, cuando la inmigración de las afueras va poniendo vergüenzas a cada luz que asoma:

—¿Me regala un pan viejo?

—Viejo no hay.

—¿Dénme un chele?

—¿Para qué?

—Pa comeñ... .

—¡Vaya a trabajar!

—¿Habrá un bocao po'aquí?

—Pero ya no respetan la hora de cena! Habrá que quejarse. Oh!

—¡Quiero un pan!

—¡Dénme un pannnnnnn!

Como si clavaran cruces.

Pero donde Cipriano Benítez se hablaba de otras cosas.

—Yo soy ei llamao a'haceilo, Justino. Yo, yo memo, que me han matao al taita, que me han quitao lo mío. Nadie mejoi que yo, que soy un hombre viejo sin ná que peidei. Ya yo'he vivío bajtante y me impoita morime. Poique mire, compadre, cuando han querío haceilo se arrepienten de tó ende que se ven frente a éi; é que quieren lograilo y saivaise también. Y así no é posible. Pa podé asesinailo é preciso sabei que se va uno a mori. Y si la virgen quié que se saive el'autoi... pue, mejoi para ei!

Humo de dos cigarros, algo que mandan los pobres al cielo. Ambos piensan en las frases acabadas de hablar, echados los troncos sobre las rodillas, las manos se tocan violentamente, blanda y velozmente, viviéndoles el golfo de los muslos. Haciendo un día de fiesta en sus modales, grandes alardes con las arrugas que cuadran palizadas al caballo lobo de su boca, también con las manos, ya dice con éllas el gran dolor que tanto ha crecido para el frasco, o empuñan sin éxito el aire para completar, aunque no calle, lo que la palabra simple deja inédito.

Ha vuelto a hablar Cipriano:

—Eso si, poi Dió, Justino, ni una jota a Felicia. Ni se cambie su apariencia pa que no lo sojpeche, ni se ponga uté peinsante pa que ella lo note. Ya eso é caita jugá, vale Viloría! Con dó trago poi dentro y ei resoive seguro me lo llevo d'encuentro.

¿Había en Justino Viloría recursos orales capaces de expresar la confusión de su espíritu? ¡Jamás! Y la nudez hacía lo mismo: titubeaba. Pendía de una ausencia, de la ausencia de la exactitud. ¿Pensaba Cipriano con locura? ¡Jamás! Cuerdo, ángulo recto de conciencia, no estaba sino rebosado, como la copa colmada por la gula borracha, como la leche hirviente, como los ácidos, como los fermentos.

—An dipué, la vieja se irá pa su rancho. Así Ramona tendrá compañía...

Así pudo Justino responderle, ocasión que anhelaba. Ahora era un nuestro en la doctrina de su hospitalidad, que es cuando se empeña de veras en hacerla más grande, amplísima, transformando el bohío en rascacielo:

—¡E su casa, compadre! Probe, veidá, pero propia, cuai si la hubiea comprao la comadre. Y su plato también ej'ei mío: poique onde hay pa cuatro hay pa cinco, en eso no piense, Cipriano...

Y Benítez llevóse a los labios el índice:

—Tá llegando ahora mesmo... Hablemo dei gallo.

Decidido estaba ya el crimen, la salvación. Mucha miseria, mucha inconformidad, mucho recuer-

do. El mismo, Cipriano Benítez, lo había resuelto así, espontáneo, franco, instintivo. Decíase a solas: —“Tiene que sei uno que haya sío lajtimao en la sangre... Uno que le hayan matao ei taita, ei muchacho, un heimano... Uno que lo haga poi debei, poi gratitú, poi rabia, no poique se lo manden, no poique lo resueiva ningún grupo...”

Pues su determinación no era producto de un sorteo, ni de un mandato ajeno, ni tampoco, exclusivamente, de una zoovenganza. Hay varios motores en el fallo de Cipriano Benítez: talión y clínica, clínica obrera, y rebosamiento. Un saldo de materia, una liberación colectiva y una indignación cimarrona. Mataría porque el recuerdo le hartaba la conciencia, porque el tirano, matador de siempre, era causa de lástima en los humildes. Y porque cuando la postal de una tragedia se le ofrecía delante, comenzaba a sentirse imposible, meneándose a ciegas, levantaba la vista y cerrábase más su explicación machorra: se indignaba. Y a fuerza de decir:—Eso éj lo último!, fué llenando de chavos rebeldes el arca de su hombria.—Hajta cuando, Jesús!, y entonces veía demasiado distante la curación amada. La maldad le llenaba avariciosamente.

En el alba de su arrojo, pensaba sólo a ratos, pa-lúdicamente. Tal vez, de noche en noche, de ocio en ocio, se le iba encima, como un leopardo, la solución insólita. Quizás, tirando ya sobre el catre, dormida la mujer con la cara opuesta, boca arriba él bajo el mortificante peso de la oscuridad medianochesca, picábale en la mente la realidad del único camino. Desterrábala entonces por algún ruido

en el patio o consiguiendo acaso la entretención del tabaco. Mas, luego, se fué haciendo crónica la espina. El asalto se hizo lucha perenne, agarrándose fuertemente de su meditación. Raro le era ahora pensar en otros temas, escasamente le sobraba espacio para situar su preocupación de padre.

Era un monopolio.

Todavía en presencia de la compañera veíase mayormente agujereado, pues un par de esfuerzos debía entonces nacer de su abatimiento: apocar la idea y guarecerla de la sublime y ágil intención de la mujer. Dudaba, por eso, en querer estar a solas o frente a la constante interrogación de Felicia. Después de todo, solo nunca estaba.

La muerte de Prudencio Macario sólo se comentó en los bateyes. La prensa oriental la ignoró siempre: prohibieron la crónica. Y cuando la viuda, tímidamente, narró la repulsión de la Compañía de Seguros, entre los picadores creció un revuelo de protestas. Ya se levantaban los primeros satélites del Taringo y de Marcos, y fueron aquel suceso y la indigencia crítica de la negra buenas regaderas para nutrir las raíces pías. En la noche, a las puertas de las casuchas, la siembra de principios ganaba más tierra. Agrupados en montones, dos, hombres y mujeres, pocos sobre rústicos banquillos y los más sobre la yerba húmeda, recibían el germen de boca de ambos. A veces, en coro, comentaban:

—Asina é! Se acabará ei abuso!

En otras, la broma irrumpía, salerosa. Cada noche restaba un bracero, que quedaba recluido en

el mugriento cuarto, presa de las fiebres o con la diarrea de los bichos. Como no podían soportar la dolencia a campo raso, la mujer les sustituía, después de dejarles adentro el amargo brebaje, toda orejas, porque los machos la esperaban para la tarde asistencia a través de los labios de ella. Esa noche, Arturo vibraba como varilla de corsé, telegrafando con los dientes, procurando el calor inútil y satisfaciéndose:

—Vacunan la rese asigún noj jodemo nosotros.

Mientras nueva fiebre le asaba las ganas percibiendo el rumor de los grupos.

—¿Quién sabe leer entre ustedes? — preguntó el Taringo.

—¡Eulogio! ¡Eulogio! — gritaron varias voces.

—Bueno, yo conojco aiguito — añadió el aludido.

Miró el líder a todos los lados. Metióse la mano como si le doliera el pecho súbitamente y extrajo un pliego. Alguien le dijo, guasón:

—Credí que jalaba un revoive pa lo que no sabemos la O.

Rieron todos mientras Taringo extendió la hoja hacia el sabio:

—Pué, leelo pa tó — y mirando hacia atrás — ¡Acéiquen la lú!

Raspó la garganta y leyó, traduciendo casi:

—Bracero dei Ete dominicano! Camaradaj! Ejei propósito de eta Liga promovei la unión de todo loj obrero de la indujtria azucarera repaitida en ei Mai Caribe, par'asi presentai un frente común

a la opresión dei Imperialijmo y de loj Gobieino con... con... cómplice. Poi tanto ej,'ei primei de-bei de todoj i foimando la Liga Nacional Domini-cana de loj Trabajadore de la Caña. Dipué se rea-lizará la Confederación de laj Antilla y la lucha será total — que diga — total, sí, total, y má pro-ductiva.

A la obra, compañeroj!

Poi la fueiza de la unión!

pp Liga Obrera de Jamaica.

Charlie Prandy.

—¡Asina é que se escribe!

—¡Arriba nosotrooo!

—¡Arribaaa...!

—Hay que dano la mano entre tó pa jodeilo bien pronto.

—Asigún me abran la boca loj mando a la miei-da...

—Que vayan a fuñí a su mama...

—¡Arriba la Ligaaaa...!

La grita había atraído vigorosamente a la pa-trulla militar que se acercaba ya, en pos de muchas impúdicas.

—¡La guaidia! — gritó por lo bajo la vieja Ro-sario, que, precavida, cuidaba la entrada al villo-rrio.

Y hubo silencio miliciano, hecho con susto.

—Y cse desoiden! ¡Carajo!

—¡A un lao to ei vivo!

—¡Y cuidao quien se ménea!

La luna les ayuda, permitiéndoles ver los ros-tros. Son cuatro, patrulla de fin de mes, abastece-

dora del erario nacional, para pagar señoritos y espías.

—Háganse pendejos! ¡Carajo!

—En fila! ¡Pronto!

—Jum... Aquí habrá cuaiquíe cosa — afirmó Taringo rezando.

—No me empujen, ¡carajo!

—¡Vivo!

—A mí no me topen, que no quieo pendejá!

—A uté le rompo yo la crijma, ¡atrevió! Come...

Y Marcos tenaceó por los hombros al guardia. Hizo ademán de echarse, pero fué para zigzaguar la cabeza, lanzándola veloz contra el mentón del otro. Cayó el soldado como un fardo y Marcos quiso huir por entre dos casuchas. Sonó un disparo y un grito prendido al fogonazo les abismó a todos.

—¡Quieto to ei mundo! ¡Ei que se mueva se joe!

—¡A la fila! ¡Carajo!

—Uté y uté — dijo el Cabo señalando a Taringo y a Julio la Rosa—. Recójanlo dei suelo, pa que lo atiendan.

Reinó disciplina de cuartel. Ni siquiera el murmullo de los nervios, porque las armas, afuera, estaban prestas.

—Tá muevo! — vocearon a un tiempo el Taringo y Julio.

La única respuesta fué una orden:

—¡Sáigan alante loj cocolo!

Avanzaron tres negros corpulentos.

—Vamoj'a vei! Ei papei d'emigración.

—Aquí ta ei mio...

—Y ei mío.

—Y yo también.

El cabo era entonces el único actor. Ahora ordenaba frenético:

—Uté, raso Aimonte, ¡registre loj cuaito!

De puerta en puerta recorrió el mandado la hilera de casas, como si le echaran de cada una. Entró a la vivienda de Arturo, preguntando:

—¿Y aquí quien tá?

—Un enfejimo.

—¿Criollo?

—Siiiiii.

—Acéíquese aquí pa veile la cara!

—E que casi no pueo...

—Carajo! ¡Pronto! O lo mato ahí mesmo.

—Abusadoi... — bramó Arturo echándose del lecho.

Un hombre temblando apareció al claro de luna.

—Uté é medio mai hablao.

—Medio nó! Poi entero...

Corriéndose a otras puertas, regresó Almonte a la aglomeración, diciendo:

—Ni uno maj.

Todo fué perplejidad una vez que la patrulla abandonó el lugar entre los insultos del guardia golpeado. Corrieron los negros y las negras hasta donde habían tirado el cuerpo de Marcos, suelto, sin la fisonomía de antes. Mirábanse con pena y con sorpresa, aterrados por la solución de la noche, sin que nadie intentara proferir una voz, ya que todos creyeron, ahora, que podían haber evitado la muerte, o vengarla si acaso.

Sin embargo, de pronto, como si se hubiesen dado cuenta de repente, las mujeres comienzan a llorar a medida que afrontan la preparación del mortuorio. Ven mejor entonces los hombres la anchura del golpe, meditando todos la inexplicable inercia frente a la caída del camarada. Alguno, más franco o más débil, es el primero en verterla:

—Si hubieamo tao dejde ante en la unión lejhabríamo marchao...

—¿Y qué? — argumentó cualquiera—. Noj'hubiean matao como a dié!

—Sí, cará, pero se hubiean quedao loj cuatro con ello.

Debió Taringo intermediar con la precoz influencia de que ya gozaba. Habiale nacido en el alma una madurez de padre, turbia para su instinto, transparente para el análisis que había puesto en la obra recién empezada:

—Ninguno ha sentío má que yo ai probe difunto. Ninguno ha pensao la veidá: si hubieamo peliao se va tó a la mieida ¿saben?, noj dañan lo primero que é dañánolo tó. Pa podei aicanzai la vitoria debemo sufrí tropiezoj'así, poique hay que vei, señore, que no é pa nosotros si hagamo tai cosa, é pa nuejtros'hijo.

Como por magia cesaron las frases del epílogo.

CAPITULO V

La oficina está como siempre: odiosa. A pesar de que viste dril de hilo blanco, a pesar de las cuatro ventanas que sorben toda la primavera próxima, el ventilador eléctrico embriaga papeles y objetos. Tiene la oficina ambiente de aeropuerto. Aún es temprano para estampar la firma al calce de los nuevos cobros y de las viejas trampas, aún no es hora de que José Rodríguez sorprenda algún descuido en el trabajo de tantos subalternos, ni tampoco para soltar diatribas sobre la necesidad de Luis Ureña, el secretario. Sin embargo, llama con arrojo:

—¡Ureña! ¡Ureña!

—Sólo estoy aquí para el doctor Herrera. Después, ni para Cristo.

—Muy bien, Señor.

A la memoria debía don José exquisitos momentos de paladar burgués. Pensar en su antigua juventud española, de aprietos variables, cuando debía vivir en cuerda constante por el contrabando de que se mantenía, era placer de gusto indiscutible. Pensar en la docena de criadas que habianse burlado de su espasmo tan fácil, era sazón retrospectiva y rara, pues para su virilidad a medias aquellas desandadas servíanle de tónicos. Pensar en su riqueza era sentirse sol para la aldea, siempre en el cenit, aumentando bujías si ofende la albura de

los pliegos con el esquema de alguna plantación o con la suma, de norte a sur y viceversa, de la plata contante en un banco de Londres.—Soy una potencia...!, pero este hígado de porra... uuuff!.. y enterrábase la mano bajo el reborde costal de la derecha. Agríase luego pensando en que no puede adquirir viscera nueva. Y entonces se conforma con estoicismo de arriba: ¡Y qué, carajo!, pero tengo cuartos...

El anuncio es la tijeras para sus sabrosuras:

—El doctor Herrera, don José.

—Anjá... ¡Adelante!

—Muy buenos días, señor Rodríguez.

—¿Cómo está usted, doctor?

—So, so! Thanks you ¿y en que puedo servirle, don José?

—Sentémonos por aquí... Qué calor!, eh? Cualquiera se arde. ¿Le molesta el aire artificial?

—Imposible! Es muy agradable...

—¿Sí? Je... je... je...

Se caracteriza entonces, cruza las piernas y un tos de dueño tira de sus palabras:

—Bueno, pues, estimado doctor, he querido llamarle a mi oficina para testimoniarle personalmente las congratulaciones de la casa por la patriótica labor desempeñada por usted como Médico Provincial de Sanidad. Realmente su labor es ejemplarizadora y he pensado que debiera usted ser ascendido para bien de la República. Hubiera podido escribirle una esquela, pero no, doctor, yo he querido conversarle personalmente, *téte á téte* como dicen

¿no?, para hacer más sincera las felicitaciones de la casa José Rodríguez y Co., de mi casa, bah!

Muy criollo era el otro para embotar tantas finezas:

—Merci, merci, don José, hago lo que se puede, usted comprenderá ¿no?

—Claro, claro, y muy bien dispuesto, doctor. Casualmente, hace pocos días hablaba mi esposa de que ya no se siente polvo en las calles, de la buena calidad de las comidas, y así, doctor, comentamos siempre...

—Seguramente, hombre, seguramente, lo que siempre yo he dicho, don José; cansado estoy de decirlo al inspector de Peña: que se rieguen las calles céntricas dos veces al día, las calles donde viven las personas prestantes de la Ciudad ¿no?, porque, claro, hombre, claro, ¿qué hacemos con aplacar el polvo de los barrios? Nada, absolutamente nada, no vale la pena favorecer a personas que ni siquiera lo agradecen. ¿Cree usted que un negro de esos sería capaz de llamarme como lo ha hecho usted, señor Rodríguez? Seguramente que no...

—Natural, natural.

—Así es con la comida. No imagina usted la brega en los colmados y en los puestos, aún en el mercado, Ave María!, cuánto trabajo para luchar con esa gente! ¿No quieren perder lo que se ha podrido? Pues hagan lo que yo les digo: vendan lo bueno a las familias del centro, a la gente decente, y lo otro?, bueno, pues, vayan saliendo de ello con la gente de los alrededores, con los suburbios. Por-

que, natural, hombre, los pobres comen cualquier cosa. Oh!

—Indiscutiblemente, doctor, indiscutiblemente. Pero, permitame concluir con mis propósitos ¿no? Usted de seguro no sabrá que esta casa ha resuelto premiar anualmente a los funcionarios altruistas. Pues, sí, estimado doctor, la casa José Rodríguez y C^o ha querido estimular la idoneidad de los verdaderos patriotas y a mi me place, muy especialmente, que usted haya sido seleccionado para el primer premio del presente año. Debo, pues, felicitarle dos veces, doctor...

—Oh! Pero don José, yo no esperaba tanto! Usted me embarga de atenciones inmerecidas; le juro que no sé...

—De ninguna manera, doctor, de ninguna manera. El lema de mi casa es la justicia... Es más, ya le tenemos el cheque preparado ¿no? Por supuesto, señor doctor, usted perdonará la humildad del obsequio ¿no?, pero esas cosas nunca vienen de más, ¿verdad?; además, el estímulo, el estímulo...

—Bueno, ya que usted insiste — balbuceó el doctor con toda la nacionalidad.

—Je... je... je... — y después de ejecutar un pequeño ejercicio de vientre entrególe el tesoro.

Va luego el capitalista al teléfono, hace girar la esfera y, mientras Herrera aprovecha la espalda para leer:—Trecientos!, aquel exclama:

—Ajá, Lola, te aviso que el doctor Herrera comerá hoy con nosotros.

Y empezaron a reir de cuento en cuento.

Gota a gota fué enterando el Taringo a la Juana de las energias proletarias. Decrecieron las oportunidades porque el batey urgía líder tenaz. Engor-daron, a un tiempo, las preocupaciones de la mujer y el dinamismo de sus entrañas, aquéllas porque el macho tomaba camino de hemorragias, ésta porque el tiempo traiala hacia la tormenta paternal, hacia la rotura de lo hermético. Era tan púber su respeto filial que, hasta ahora, todo el mal de su desgracia poníalo solamente ante el ceño del padre, con su temor de hija. Pero, hace apenas unas horas, poco antes de que el novio la hablara, una noche en que el cielo se rasga en luces, con brisa de altiplano y con los presentimientos flotantes como la neblina mañanera de alturas ocoeñas, puso también su miedo en la antesala del hombre. Mártir se es a solas, bajo el filo del pensamiento, con las heridas hechas, la carne está intacta pero no la vida, porque la conciencia es entonces materia sangrante. No desdobra la hija y hembra su tragedia para echar parte a las plantas del viejo que la enjuicia y el resto junto al corazón de quien la tiene íntegra guardada. No la desdobra, nó, que así disminuyera la masa anonadante. La deja exacta, entera, como retrato de madre muerta atesorado por el cuidado, y la hace mutable, rotatoria, alternativa. Cálzala primero a la honradez del padre, y el honor es grande; amplia es, también, la honra de Taringo, y son dos, pues, las audiencias futuras; dos y jacobinas.

Charla luego con ella la mortificación de la pauta. Debe hablarlo, gritarlo casi a Dios, alcanzar los juicios, decirle a la vejez paterna y abatida:

—Me rompió un dueño!

Así, fuertemente, con la matriz cargada de mitad burguesa, vocearlo a la miseria de casa, a la miseria de atrás y a la de enfrente. Y al macho que la brinda ternuras y la lleva esperanzas:

—Ya no pueo sé tu ejposa, ¡sino tu mujei!

También echarle encima la sangre que hace rato no menstrua, que no emigra ya en treintena de virgen como la purísima ofrenda de su fidelidad de pobre.

—Hájme lo que tu quiea...

—Mátenme si quién...

Cuando la Juana regresa de la servidumbre va en viaje de calvario. Siempre piensa que la espera el monólogo ciclónico de la ira, sobre todo, desde que empieza a navegar por aguas del barrio "Los Asuntos". La ardiente pobreza de la gente le anexa en la maleta del retorno la preocupación que quiso evadirse por entre la céntrica viveza de algunas calles urbanas, vías de fuerza para su marcha tan cargada. Hoy camina sin prisa, pues quita velocidad a las piernas para llevarla arriba, en el pensamiento. Acércase al suburbio cuando un tumulto le arrastra la atención:

—Digo que lo apunte si le da gana: me llamo Enerio García, raso del'ejéicito, y no tengo cuaito ahora. Además, fijese bien que tá hablando con la'autoridá! ¡Malcriao!

—Carajo, pero é que yo no le doy lo mío a naiden, mucho meno a gente que yo no conojco ¿sabe? Búqueme la plata, hágame el favoi...

Los pobres, a dieta de alegrías, vuelan a situar

su testimonio en el lugar barato. Atraen las voces, la acción y los presentes ya desde el prefacio, y cada mulato que agranda la valla improvisada quiere prolongar los hechos, hacerlos llegar a un apogeo que no decepcione su hambre, que compense la sensación total que le nació asistiendo.

Si la acción deseada se disuelve en el ambiente aún no saturado, el criollo se desbanda de mal genio:

—Son unoj pendejo!

Y no es que hubo flaqueza en el honor: es que le defraudan. Si alguien intermedia en el tablado, quiere asesinarle con la vista, le maldice con el alma que ha sido alarmada en vano, como si llamaran de noche a interrogar si el vecino es quien vive la casucha.

—Que maidito dei diablo...

Mas, si los anuncios perduran, si todavía hay la ilusión del hecho, el aliento, las ganas, el arrojito mismo brótanle del rostro a empujar desde lejos los rivales, en tanto la saliva se prodiga abundante para calmar la sed porque la imaginación marcha siempre delante de los presagios excitantes:

—Jum!, ya casi tan prendió...

Y por dentro le baila lo que será gran atención si estallan las brazadas, análisis supremo de quien es egoísta en los detalles, para ser quien más vió de la pelea cuando deba chorrearla en la crónica casera o de la junta. Todo, sin mesurar el balance rojizo, porque, el epilogo queda en lontananza, ya que el anhelo converge en el tiempo del gusto, exclusivamente, en el fruto que persigue la presencia

cegada por la vida múltiplemente pobre para no ver a través del desco, con la prudencia de los que viven cómodos y hartos. La Juana olvida el útero y está también golosa por pobre y por cansada de meditar en sombras.

—Uté me buca lo mío, que dipué lo trajladan de pueto y se jode ei que fió. Asina no é que se trata a la gente, carajo! Si uté me dice que é fiao ya no se lo siivo, que tan muy impueto a jodei a loj probe a cuenta de guaidia!

Lamenta Enerio no andar en patrulla, con la voz de mando próxima para querer borrar del aire la verdad proferida. Pero solo y falto de la identificación que obsequia el servicio después de algún tiempo, es tardo para llegar al abuso de la agresión parcial y espera más hiel evangélica:

—Pué yo si no pueco fabricai ei menudo ahora mesmo...

La mano violenta del vendedor arráncale el sombrero como única prenda capaz de ser pagaré infalible:

—Cuando traiga ei dinero se lo pone otra vé — dijole, recién cobrando la deuda.

—Se aimó! — llegan diciendo los que miran.

—Ya si é veidá, señoren!

Se transforma Enerio entonces. Le surge la patria del cuartel.—Le han degradao!—A ei, a un soidao, y delante é la gente! Siente que le han quitado el sexo, que le arrebatan el nombre, el respeto que adquirió hace unos días, su dignidad, su sombrero de guardia. La mano busca el arma con tal rapidez que pierde de vista su entendimiento, y dispara, dis-

para, una, dos, tres veces. Y luego patea el cuerpo caído, hasta mancharse de sangre la ropa, con los ojos chispeantes, lanzándolos también a los espectadores para que le vean lavando la ofensa, limpiando el insulto, antes de que todos se fuguen, gritando, como en un naufragio.

Más tarde apenas dirá:

—Poi tá hablando mai dei gobieino!

Mueren así los hombres, golpeados por la maza heterogénea de la tiranía y del capitalismo vernáculo y extraño. Barrio y campo: la misma base para que se afinque la gravitación martirizante. Si el golpe no se sufre, está en incubación, tomando sentido, en procuración de blanco. O está ya en el subsuelo entristeciendo el recuerdo de quienes contemplaron la patada.

—Que no pase le di...

—Yo dentro poique sí, ¡de cuaiquéi modo! — bramó Justino Viloría estrellando a Luis Ureña contra el muro.

Las carcajadas de don José y del doctor se arruinan en las bocas abiertas viendo cómo irrumpe una figura en el lozano recinto.

—A ver, Ureña ¡cómo es eso! — gritó Rodríguez exaltado.

—Fuí yo que entré a la mala poique tengo que hablaile: que uté mandó a quitame ei bohío y éso é un crimen, señoi; uté debe eperame hajta Julio...

—Ya yo estoy harto de esperar. Así dicen todos, y después ¡mierda! Hágame el favor de retirarse!

—Poi favoi, don José, uté no va a'hacei ná con mi rancho. Son mucha la casa que le sobran, y laj que le faitan! Yo sólo le debo dó pago...

—No, no, imposible! El negocio es negocio: éso lo sabe cualquiera. Además, para algo tengo un abogado. Vuelvo a repetir que se retire! Oígalo bien: ¡lárguese de aquí! Pero ya...!

—Entienda a las buenas, viejo; no busque algo peor — exclama el doctor Herrera, tomando por el brazo al negro, queriendo despejar la atmósfera que tanto ha enrojecido al protector.

Justino había bajado la cabeza para que le condujeran, exhausto, hasta la puerta. Cuando ve su triunfo, ha de exclamar el rapaz:

—Lo que hace don José, no puede estar mal hecho ¿sabe?

José Rodríguez escucha la sentencia con la misma impresión de un reo absuelto. No le vende el rubor porque está airado, pero los nexos siguen atando a medida que embisten hacia abajo.

—Pero estas cosas no pueden seguir así! ¡Ureña! ¡Ureña!

La breve fisonomía del secretario consumiósese bruscamente, los pómulos parecieron saltar ahondando las pupilas; aún de frente pareció ofrecerse de perfil, mudo, porque el parto de la palabra le fué distócico.

—Tenga la bondad de decir a la cajera que le arregle su cuenta. Muchas gracias por sus servicios!, pero me tienen jodido sus descuidos — crucificando así al inocente, dirigese luego al doctor, que le observa con la seriedad envejeciéndole la cara—.

Ruégole, estimado amigo, avisarle a su hijo mayor que le ofrezco la plaza que en su presencia ha quedado vacante ¿no?

Como un niño guiado por la calle marcha Justino Viloría. Va pensando en su nuevo techo adornado de granos plateados. Va pensando en el cielo.

Detrás, por el mismo camino, va Luis Ureña.

CAPITULO VI

—No sé como debiera manifestarle el agradecimiento de la Compañía por todas las reservas que Ud. ha hecho guardar, tanto en el caso del chuchero como en el del bracero muerto por la guardia. Ud. sabe que esos abogados siempre encuentran por donde introducirse, a pesar de que el nuestro es ahora Senador y hasta medio pariente del Presidente...

El Fiscal del Distrito es joven, hueco y con ideas de atrás. Sin embargo es listo en igualas. Bajetón de carnes y de sesos, es yerno del Juez de Instrucción y primo del Senador y abogado de la Dominican Sugar Company. Antes, después que vendió frituras en las calles del pueblo, aprendió de memoria los artículos de un código, hizose abogado y participó en el bufete del licenciado pariente y glosador de tiranías. Detrás de las costumbres andan siempre los perros. El Senador necesita tener flojos los resortes del ministerio público en el juzgado del pueblo, y con el pariente Jefe del Estado, logró situar en estrados al deudo de juventud muy huérfana para no aceptar ahora las potentes regalías. Cuando recibe la visita de "uno de esos blancos" todo parece reír en el buró; los que quieren exponer sus quejas mueren de calor en los bancos de espera, y nadie, absolutamente nadie, puede interrumpir tan amena charla, pues el auditivo telefónico cae también sobre la mesa.

—No se apure, Mr. Answer. Yo estaré siempre presto a sanear esas minucias. Para eso estamos arriba ¿verdad? Por casualidad ¿me trajo Ud. el cheque de Abril?

—No, no, imposible hoy. Resulta que hemos tomado ahora el día 28 para los pagos, en vez del 27, como ocurría antes. Pero mañana lo tendrá seguro.

—Es lo mismo...

—Como que tarda el Señor Gobernador ¿no?...

✓ Un portazo de carruaje fundamenta la respuesta del Fiscal:

—Ya está ahí.

Es hombre maduro el Gobernador de la Provincia. Fornido ,encima lleva un panamá como el trozo más caro de sus ochenta kilos. Con efusión de quince años aprieta las manos del yanqui, mientras al criollo le dice:

—Como vamos, compadre — en tono afirmativo, porque no se pregunta en la isla cuando se miran de frente dos que se conocen las vidas.

—¿Y a qué se debe esta pequeña y amable reunión? — pregunta el recién llegado.

Miran los dos criollos al rubio en tanto saltan los dientes en la hamaca de los labios.

—Y digo amable porque ¿qué mejor compañía que la de Mr. Answer? Je... je... je...

—Es una simpleza, una bobería. Se trata de ciertos rumores de unión que andan por los bateyes. Nosotros tenemos algunos braceros que nos cuentan algo a cambio de pequeños aumentos, pero hasta ahora nada sabemos de lleno... Uds. comprende-

rán que al mismo Gobierno no convienen estos conatos que pronto contagiarían otros sectores.

—¿Cómo? ¿Comienzos de huelga? Ah, pero eso es un peligro, un grave peligro. Ud., señor Fiscal, que es representante de la sociedad, debe ordenar una investigación inmediatamente. Y andar con mano fuerte ¿sabe?

—Mañana mismo. Es más, desde ahora empezaré: ¡Secretario Hernández! ¡Preséntese!... Ajá, mire, pida al puesto militar que me envíen dos agentes en las primeras horas de la mañana... Ah, mire, mire, venga acá: que los escojan de los viejos y si es posible, que sean del Este, que no sean cibaeños. Pues sí, Mr. Answer, eso es cuenta nuestra, pierda el cuidado. Supóngase, querer alterar la paz que ha hecho con tantos desvelos el Gobierno, el mejor Gobierno que ha tenido la Patria. Es decir, hombre, es decir... — y remueve papeles y libros, y tapa el tintero.

Levántase el yanqui exhibiendo el impecable corte de un traje de seda china. La tela es exquisita, liviana, cae envidiosamente sobre la simetría anglo-sajona, como una ducha para el calor del trópico.

—¿Estará en su apartamento el Juez? Quiero saludarlo.

No espera contestación Answer. Márchase decididamente, regando su idioma en la pequeña sala:

—Good bye, friends!

—So long, amigo — responden a un tiempo los dos funcionarios, mientras el Gobernador aproximase al compañero de cima.

—¿Y qué? ¿Te trajo el cheque el yanqui este?

—No; mañana lo recibiremos sin falta.

—¿Tú crees?

—Seguro. Sabes como son de puntuales esta gente.

Más tarde, luego de hablar de política criolla, abandona el Gobernador la oficina del Fiscal. Queda éste empollando el plan a seguir para la investigación de la indisciplina en los cañaverales. Piensa que el problema no le permitirá recibir las quereñas del día, y con fuerza, llama de nuevo al auxiliar para decirle:

—Despache!

La pequeña población es una casa grande. La distancia no existe para separar; más bien, para unir las puntas de la desigualdad. Y las aceras estrechas marcan el desnivel, porque, sobre ellas, la humanidad trajeada con rigor mira con la vista inclinada a los descalzos que, prudentes y tímidos, caminan mejor bordeando las cunetas, sin el peligro de las ruedas, que son — sin almas — de las que pisan sólo sobre el suelo más horizontal.

—¡Di quien jué! Carajo!

Pero la negra estaba muda, echada en la esquina del cuartucho, haciéndose sudario con las manos, sin pensar en algo porque el agujijón del padre apenas daba tiempo.

—Maidita, ¡carajo! ¿De quien é la barriga? Dí quien jué, o te mato, ¡muchacha!

Interviene la madre, pálida. Pero Cipriano la separa, lanzándola lejos a través de la única puerta franca. Está acorralando a la hija como a un pájaro, tembloroso de rabia paterna, y ya ha estrujado la solidez de sus puños contra la áspera cabeza de la mulata encinta.

—Eso é lo último. ¡Diój! Acaba de hablai, ¡carajo! Acaba é decime quien jué ei condenao que te'empreñó, ¡muchacha dei diablo!

Ha tomado el garrote que guarda siempre cerca de la cabecra por si un asalto de noche le obliga a la defensa:

—No te quieo asesinai, condená! Habla enseguia, puta é mieida! Dejconsiderá! ¡Carajo! — y descarga la madera sobre el hombro filial para arrancarla un grito sordo y voces:

—Mai, poi Dió, que me mata!

Salta Felicia a la mano que va de nuevo en caída terrible, clávale los dientes en el brazo y le golpea la cara al padre:

—Asesino! ¡Carajo! Vaj'a mataile ei muchacho!

—Debica trozailo a loj dó. Toavía no'ha habío una Benite pueica, Felicia! No l'apoye, mujei! Que ya ésa no é hija é nosotros, condená dei inficino, que ha manchao la familia! —y le renacen los impetus por la boca espumosa y los ojos brotados como dos verrugas encendidas— Habla, maidita! Habla, habla'esgraciá! ¡Projtituta! ¡Orillera! Que te debiea morii...

La mujer le sujeta con su vigor de madre, con el mismo esfuerzo con que dió a luz a la hija inde-

fensa, por hija y por la carga ilegal que la vertió un patrón. Pero Cipriano está ausente, y aunque algo le impide ultrajar de nuevo a la esposa, arroja los ojos quemantes sobre la desgraciada que grita, y la ve el vientre crecido porque ya es presa de un cruel espejismo: el geométrico escarnio de la panza. Entonces la pateo en el rostro oculto hasta echarla de espaldas, a pesar de los gritos ronquísimos, del pecho, y de que la madre se ha interpuesto para recibir las últimas coces.

Sangra la Juana no se sabe de donde, pues la sangre se ha dejado oler surgiendo a finalizar el drama. La muchacha se palpa lo rojo tocándose ciegamente la cabeza y al temor que de viejo la azota agrégase ahora el miedo a la muerte, el miedo de la materia, el temor de morir apaleada. Y la mezcla de miedos transforma los gritos en frases, inyectando pensamientos a los gruesos quejidos del dolor.

—A mai sola le digo! Asujételo bien, mamaita. y llévelo ajuera! —y empiezan a salir las lágrimas del fin y aún más tarde, como cuando llora el criollo el final de una madre.

—Sál pa juera, Cipriano! Ha'l favoi, que'ella me dice a mí sola!

Hay en la negra ofendida un cruel pudor que prohíbe dar la confesión al hombre que es el taita. Tiene vergüenza. Por más que la hiera, por más que la rompa la carne, por más que la insulte, no dirá nunca tamaña verdad al imponente respeto que le enasta el padre. Ni pensarlo siquiera! Prefiere morir bajo el puño, prefiere cogerse la vida a sí misma y partirla, prefiere huir de la casa, desesperada,

a través de la selva en la noche más sorda, prefiere matarle a él, a su taita. Mas, a la madre, a la que lleva también la falda y el mismo peligro en el sexo, a la que aún puede verla en el baño, a la que siempre le trae la regla atrasada, a ésa sí que la cuenta el fracaso.

Ningún asomo de duda, ningún asombro, ningún sobresalto en Cipriano Benitez, cuando la mujer le dijo:

—Ei que la dañó fué el amo é la casa onde ella trabaja.

Sólo gimió casi callando:

—Maidito...

Los niños vecinos, jugadores de cualquier patio, corrieron a sus casas huyendo del ambiente peleón. No se mandan la huída, sino que cada uno es capaz de ahuyentarse si contempla el paisaje trasero del rancho en estado de bronca. Sienten que les amenaza el ajeno disgusto y han de ir a sus mamás diciendo:

—Tá don Chano regao.

Adentro, el silencio tirano a petición del pueblo familiar que retira la escena con la mudez de todos. Junto a la mesa, sentados, están Cipriano y Felicia. Mientras él mueve la cara como si se admirara en la queja callada, la mujer tiene la vista fija, aunque no esté ciega, pensando en algún remedio, porque no es cierto que los grandes dolores permitan colgar la mente de alguna solución bienhechora. Y la Juana está en desgaste de las energías restantes, para no moverse, para no hacer ruido que la haga presente. Quiere que la olviden, que

la ignoren. Quiere que la pierdan, aunque sea por ahora, porque piensa que un intenso resuello la llevará otra vez a la sala, a los golpes, al regaño, al insulto, a la grito! No sabe que el taita quiere también ignorarla. Que no reñiría si una nueva culpa mereciera tanto. Y ya que el padre lo sabe, cuando ha pasado el instante juicioso, cuando el gran temor de antes es otro temor ahora, piensa la Juana en lo que lleva dentro, en la hermosa tragedia de un alumbramiento, en la distensión de su sexo al pasar el mestizo. Comienza a pensar, por vez primera, en la maternidad. Y sólo cuando Cipriano gruñe: —Trae jengibre, mujei!, quiere ella ir a servirle, sumisa, correcta. Pero la madre obedece lentamente, ciega todavía, la mirada fija, como si se quedara media frente al hombre.

Pasó así la mañana, demasiado quieta después del percance. El viejo se asió a un asiento uniendo su resolución póstuma con la mancha puesta sobre el nombre, a través de la hija alquilada. Meditaba en la mezcla, comprendiendo que antes del crimen debía componer la preñez. La negra quedóse reclusa en su cuarto, removiendo sus trastes, hurgando novedad entre las intimidades de una chopa tan pobre, acariciándose en retratos muy viejos, guardados en el pequeño baúl de lata junto a la ropa ya estrecha y zurcida. La madre mulata vivía en los fogones donde el carbón de Abril chispeaba ofensivo, carbón de madera porosa, único fuego artificial en las noches malas de la gente pobre.

Cipriano Benítez ha trajeado su conciencia con el espectáculo en que la Juana perdió la virginidad.

Comprende entonces que no es ella culpable, entiende que fué engañada o forzada, que ha habido fuerza opuesta para violar su honradez o el apretón de sus muslos. Le parece verla, fatigada, resitiendo a la gula del hombre, ahogando los gritos, encorvada para retirar más el tesoro. O sintiendo la tentación de una joya burguesa, seda o piedra o moneda, activando las glándulas ante el ofrecimiento de lo que ella nunca ha tenido! Como quiera, no es culpable. Y Cipriano se inquieta. Le entran ganas de realizar hazañas, aventuras. Quiere verse ídolo de la reivindicación, como si su familia fuera una poblada.

Pero si hubiera sido un pobre, un novio de la clase, pensara el padre que la Juana es culpable, que ha debido resistir, que ha podido conservar la entereza por respeto a su nombre, porque ninguna Benítez ha sido nunca orillera.

Acaba por avergonzarse cada vez que piensa en las miradas del barrio sobre el vientre crecido de la hija, en los chismes picantes como el guao, en la natural ironía de las frases tiradas a la calle, como un papel, siempre que regrese al rancho, en la parejería de quienes le alzarán las ñatas porque retienen intacta la honra del bohío.

Pues así burla el mulato, aunque regale deudas si hay enfermo o muerte en la casa vecina. Y con la misma franqueza que enjuga las penas amigas, dirá sonreído:

—Qu' estará comiendo la Juana que le está haciendo daño.

—Pero tú si tá goida, ¡muchacha!

Sentirá Cipriano sátira en todo, hasta cuando, en la tarde dominguera, las madres planten a las puertas el arco-iris de las hijas perfumadas, único premio a la semana de afanes. Cómo sentará él a la Juana a engalanar el barrio! Cómo lo hará si tiene la panza en proa! Lo piensa no más el negro y exclama:

—No pué sei...

Vuelve y lo piensa y quiere reventarse, descuartizar luego a quien le ha roto la fe tan buena, a quien ni siquiera le ha dejado el placer de ufanarse con sangre de su sangre y encanto de su dicha enana. Sigue pensando y ya el aire que le rodea es poco para sus ansias.

En la meditación llega hasta el sitio de donde partió la ofensa. Allí encuentra al malvado gozando en la blandura burguesa, nutrido, con vino en los carrillos. Le ve como a un rival, tercamente, y no le es posible permanecer por más tiempo en el hogar. Porque le florecen deseos de ir tomando los pasos del castigo que colmará la mitad de su preocupación.

—Felicia! Dile a la Juana que se arregle, que vamo p'al pueblo, onde el médico.

No ha querido él mismo ordenarlo, pues no encuentra palabras ni tono que subsanen la crisis pasada. ¿Cómo hablarle con tiernas maneras si entonces creará la muchacha que ya el padre no sufre la pérdida? ¿Cómo decirselo en ásperos términos si entonces la acusa de nuevo? Por eso filtra la orden a través de la madre, para que sea incolora; ni melaza ni retama en las palabras.

La muchacha le escucha y es mucho más diligente que si un señor la requiriese, sin el estímulo del sueldo, del sueldo perdido para siempre, porque ya no querrá el padre que se alquile más veces en las casas decentes, donde habrá de comerse la sobra, donde habrá de aguantar las libras de cuantos hombres tenga la familia.

Preséntase humilde la hija. Ambos se marchan al pueblo. Cipriano delante: prefiere soledad en el trayecto, aunque sepa que la Juana le viene detrás... Felicia ha ido a la puerta por verles partir:

—Que Dios los acompañe...

Se indigna de veras al cabo, pues vé que en todos los ranchos la gente se asoma en un limpio deseo de saber motivos, ya que no olvidarán por muchos días la pelea familiar llevada por los niños o percibida por entre las yaguas. Teme Felicia que sospechen del paso de la hija, porque las madres pobres viven con el diagnóstico en los ojos.

Sepúltase después en la cocina y quiere laborar, pero también se ha ido ella detrás de los queridos.

Como chorros de tarvia van cayendo las horas de la tarde sobre "Los Asuntos".

—¿Quién? ¿Don José Rodríguez? ¿Ese ciudadano eminente que es honra de la República? Verdad que es extranjero..., pero es mejor que muchos criollos. Bueno, pero Ud. está loco. Cómo es que Ud. se imagina que un señor tan respetable sea capaz de semejante acción. Ah!, pero éso es lo último: que una cualquiera ande con el nombre de la gente de-

cente en la boca. Y en esa forma! Además, mire, a Ud. no le conviene estar diciendo tal cosa...

—Pero yo no tengo pa que tame inventando calumnia. Sepa que se lo digo poi que la muchacha lo sabe mejoi que uté y que yo. A no sei que no sea d'ella ei virgo...

—Ella puede decir, cualquier cosa ¿sabe?, pero nadie le creerá que el honorable don José sea el autor de una cosa así — y señalaba el vértice de la negra— Además... Mire, Ud., pase otra vez al cuarto y súbase en la mesa... Le haré otro examen... Porque eso no puede ser...

Contiene Cipriano la rabia mientras la Juana pasa de nuevo al consultorio. Tiéndase sobre la mesa banca y se alza la falda hasta cubrirse con ella la cara para aliviar la vergüenza del trance. ¡Enseñárselo a un hombre! ¡Y ante el taita! ¡Y dejarse trastear tan visible! Respira intensamente y quiere realmente morirse. O por lo menos, que no la miren la cara después.

—Levante las rodillas! Así, sí, así.

Lo hace y las junta con el instinto, pues ha sentido la frescura del aire que la viola.

—No, no, no las pegue; sepárelas. Así, hombre, así, como antes.

La mano del médico es entonces la de un gavillero que se pilla el oro guardado entre dos lomas. Entre dos lomas que se aprietan inevitablemente, como para proteger riqueza que es única. Vuélvese el doctor al padre que disimula bebiéndose los paisajes que adornan la sala de curas:

—Efectivamente... Ahorita me equivoqué...

Qué vá!, ésto es cosa vieja, viejísima. Supóngase, por lo menos un año... Ya sabía yo...

Saca la mano mojada de pureza, la sacude y la negra extiende las piernas por resorte, mas, quédase un rato tendida con el rostro tapado todavía. Desea despertar. Anhela haber estado dormida y creerse que todo es un sueño loquísimo.

Faltan las protestas lógicas y el médico se avienta entonces:

—Estas negras se ponen de vagabundas engañando a los padres, pero, a mí si no me engañan! Ah! carajo... Oh!, éso es insoportable... Así es como quieren sacarle dinero a la gente honrada. Dígame Ud.!, dízque decir que don José la ha violado. Bah! Eso parece un cuento... No son más que unas chopas...

A un mismo tiempo hablan el padre y la hija. Se quejan, gritan, se alarman, pero el galeno vernáculo se impone:

—Bueno, ¡carajo! A callarse! ¿Acaso me quieren decir que yo no sé lo que tengo entre manos! eh? ¿Para que fué que me quemé las pestañas? ¿Eeeeh? ¿Para qué? Pues, para éso, para eso mismo, para ver las cosas como son y no dejar que se quiera engañar a la gente decente. Y téngase en cuenta que éso lo ha visto un médico, sí, yo, uno a quien no le regalaron el título ¿saben?

Casi llegó a creer Cipriano Benítez que la Juana le engañaba. Pero nó! La hija nunca le había hablado una mentira.—Esa si que no habla embujte!, había dicho siempre en el barrio. Además, ahora la veía los ojos recién lavados por el llanto.

Mientras el crepúsculo — plenipotenciario del día—hace reverencias a la noche, Cipriano Benítez regresa al hogar, con la pena detrás, en la hija estu- prada. En su mano demasiado bruta estruja el plie- go parcial:

“El abajo firmado, doctor en medicina, después de practicar un examen ginecológico en la menor Juana Benítez, certifica: que existe una desfloración antigua, de fecha anterior a un año, por lo menos, y que la ausencia de colgajos deja ver claramente que han ocurrido coitos sucesivos y varios”

(firmado)

Dr. M. L. Herrera.

Médico-legista de la Provincia”.

Ya en el rancho, en la sala iluminada por la impaciencia de la madre, el negro ha de decir:

—Hay que botailo, ¡Felicía!

El capataz ha recibido un mandato: acelerar el corte porque urge abastecer las máquinas. El cielo está amenazante, tiznado, y las cañas han ensombre- cido su verdor. Ya no ofrecen ese verde casi brillan- te, contento, joven; ahora es un verde opaco, mate, senil.

—Haberá agua, ¡y mucha!

...

—Y que yo no pueo mojaime; tengo malo ei pe- cho...

...

—Uté verá..

En los bohíos cercanos las mujeres movíanse activamente. Corrían al monte a desvestir los alambres de púas arrebatando la ropa que se oreaba. Gritaban los apodos de los hijos, trayéndoles a que se mojaran menos bajo las goteras de los ranchos. Las viejas quieren alejar la lluvia grabando cruces de ceniza sobre la tierra mientras cantan a coro amenazando el nublado:

San Isidro labradoi
quita el agua y pon ei soi.

Pero el agua redobla con furia, como un azote, golpeando las cañas mientras la brisa las ayuda a la defensa cimbreándolas para que los chorros resbalen por los tallos aliviando el castigo. Los negros huyen a refugiarse en las viviendas, voceando exclamaciones que el pobre siempre humedece en los aguaceros:

—Ta cayendo piedra.

—Jum... Son laj bala dei cielo.

—E papá Dió que tá bravo.

Pués los relámpagos visitan los refugios colándose a través de las ranuras que dejó la arquitectura campesina. Los niños quieren entrar de nuevo a la primera protección, estrujando las cabezas contra el sexo de las mamas, o se tapan con las faldas maternas, y los demás, que han perdido el sitio, se arrinconan detrás de los cajones o debajo de los catres. El relámpago les vuelve peor que bestia cimarrona, alzada, y las hembras procuran las palmas benditas para enlazar hilachadas en los pescue-

zos de los negros pequeños. Ya están protegidos. Pero explotan los rayos en las jabillas más altas.

—Librano, Señor!

—San Alejo, aléjalo!

Sobre un chongo bermejo acércase a los ranchos el capataz Francisco. Va de puerta en puerta, golpeando las tablas con las botas embarradas y mandando:

—¡Pa juera los hombre!

De adentro le responden machos y hembras:

—Cuando ejcampe.

—No, carajo!, pendejone. ¡Ahora memo! Que yo tengo la oiden de apurai la caña. ¡Pa juera enseguía!

Silencian entonces los negros y no hacen el menor ademán de obediencia. El capataz se irrita bajo la mortificación de las gotas:

—Pa jurea, ¡carajo! que parecen de azucaí; echa loj negro blandito...

Dijérase que arriba le oyeran blasfemando contra la carne de Dios, carne de abajo, porque el agua se hizo más pesada e hiriente, como si todos los ricos la urgieran. Intercede alguna concubina menos por el cariño al hombre que por la visión en que le ve neumónico, con el resuello violento, inalcanzable, inútil:

—Poi Dió, que ejperen que apoque l'agua.

Y la queja brota como una petición de limosna a las barbas de un repleto, pues el Francisco debía hacer que el corte continuara a pesar de la tormenta:

—E la última vé que lo repito, cabrone! Ajuera a coitai! Que lo negro no se enfeiman, balsa e pendejo.. Ei que no saiga lo boto... y sin daile un chele é lo que tiene ganao. Enseguía, carajo!

—Que abuso...

—Pero la van a pagai...

Ya sabe el Francisco su triunfo porque dentro de poco salen los negros desnudos, encuerados por el temor que les llegó de afuera, despidiendo olores vivos de carne guardada. Han dejado la ropa adentro para salvarla del agua, pues es la única muda en los haberes. Han preferido braccar en cueros ahora en vez de ser luego prisioneros de las chozas cuando las mujeres quieran secar las piezas a la vera de los tizones o haciéndolas hablar como banderolas navales.

Pronto brillan los cuerpos y se nota en los ojos de cada picador, trás las gotas que ruedan desde la frente como empañando el cristal de una ventana, una precaución extrema, casi huyendo el cuerpo de la mocha por miedo a que el metal atraiga una descarga de la atmósfera. Y con el pensamiento en la muerte, pierde Julio la hoja que se encaja en la pierna haciéndole sangrar:

—Te coitate, muchacho! —vocéale el más próximo— Anda y úntate tierra, pronto!, que cuando llueve la sangre no se para enseguía.

El lodo es hemostático a la mano hasta que más tarde alguien le busque la mierda de las reses para taponar bien la herida. En tanto cesa la lluvia más alta, sigue lloviendo de los árboles y las hojas de las cañas remojan los brazos que afeitán los canu-

tos. Llegan las negras prestas a vestirles y muchos están temblando en la fiebre llamada por la humedad metida hasta los huesos, mientras otros han ido más adentro apretados por cólicos que obligan la diarrea.

Mas, se aprovechó el tiempo tormentoso. No sufrió merma la garganta de las máquinas. Ahora las raíces quizás limpien de fiebres y de cólicos la estructura de los negros, a pesar de que algunos morirán desesperadamente, silbando con los pechos para llamar el aire tan avaro, escupiendo en la tierra de la estrecha habitación que compendia las fracciones de un hogar, para que los que aún se arrastran en la prole jueguen con aquellas monedas pegajosas.

Y en "Los Asuntos", el día siguiente del hallazgo en el vientre de la hija, día de despertar, le amaneció a Cipriano con un pentagrama de surcos sembrado a lo largo de la frente.

CAPITULO VII

En el Este, las fiestas de la Cruz son los cencerros de las noches de Mayo. En los barrios del pueblo y en los campos el silencio está salpicado por las alabanzas al madero. Son lagunas sonoras en la gran oscuridad. Una epidemia. Los moradores de los suburbios y de los bateyes acuden aunque la invitación no les abra la puerta, porque cada fiesta de Cruz es un teatro criolo a que los espectadores llegan para agrandar el coro y a disfrutar del brindis que pagan los padrinos.

El mejor aposento de la pobre casa en fiesta se ofrenda al símbolo cristiano con todo el instinto de los trabajadores. El altar se levanta frente a la calle, forrado con papeles que durante las nueve noches son de colores distintos. En las primeras el coro obsequia las canciones conducidas por el guía, hombre o mujer ducho, de memoria excelente y con música perenne en los oídos, pero sólo en la última se baila después de la postrera cantaleta. Las negras ya han bebido horchata y ron blanco, lucen sus trajes de organdí y antes se bañaron con lociones capaces de emborrachar a gentes de ciudad. Siempre prenden a las pasas una rosa o un clavel con que los machos, luego, violarán los ojales de labios muy unidos por el almidón que tiembla la gala del "fuerte-azul" obrero.

117

La orquesta es la libreta de banco de las fiestas de Cruz. En los barrios ya invadidos por la mamposteria y por la aplanadora del Ayuntamiento, sueñan la cuerda, el cornetín y la flauta, pero en los campos distantes la guitarra, el balsié y el güiro son los que desparraman la armonía, haciendo sandwiches con las voces del canto. Y la música la lleva un padrino, que se ufana de veras con el óbolo arrancado a la estéril quincena del batey.

En casa de seña Ambrosia, vieja que pone ciencia en la punta del azador, la mejor fiesta de Cruz entre las cañas simula una isla encantada para los picadores que, por los muchos caminos, atraviesan el mar de los cañaverales a tomar de pretexto a la Cruz para arderse con lavagallo, para manosear las negras ajenas y, ahora, para echar los dados de una huelga.

—Faitan aiguno que no han llegao toavía.

—Peo vienen seguro poi que toítico lo saben.

Los tubos de las lámparas habían sido limpiados con manos extraordinarias y muchas se habían traído de las chozas vecinas como si se trayeran rayos de sol para alumbrar la noche placentera en casa de la seña Ambrosia. Una negra ríe barbaramente mientras otra camina por entre los presentes para ordenar un colgajo de papel que, por una ráfaga ligera, estropea la simetría del altar en que la cruz da la impresión de una estampa con rostro árido, con fisonomía de viejo moralista, de viejo mediocre. Cuando surge de la oscuridad, casi como una madrugada, el flaco tocador del güiro, saltan los gritos de los vivos y alguien dice:

—¡Eso vale un trago!

Van llegando los braceros con la alegría sostenida entre los labios, raspando las suelas en los tablones de la puerta y otcando la asistencia en procuración del grupo que le acogerá íntimo. Hay esmero en cortesías, pero no son dos los que se descubren iguales, ya que cada uno ha cargado con la etiqueta que pide la casa bendecida por la caoba lustrada en equilibrio entre los cuatro ángulos que también mantuvieron a Cristo mientras chorrreaba sangre sobre los guardias del siglo primero. Pero han vuelto a poner matiz de factoría: el humo, que las chimeneas de la fábrica inyectan en el cielo como jeringas del suelo, nace de los cachimbos a nublar las luces logradas y a picar las narices ya encontradas por el olor de la manteca en la calentura del caldero y por el pachulí que huye, poco hombre, de los senos erectos, africanos, nuestros.

Que bonita está la cruz
con su vestido encarnado,
que se lo dió el buen Jesús
con sangre de su costado.

Amén Jesús y María,
Jesús, María y José.

Comienzan bruscamente la canción y a ella se agregan las bocas a medida que, desde el centro, rueda la armonía hasta rodear la casa. Los que aún acuden perciben el comenzo mientras trotan de prisa diciendo a los de atrás:

—Apuren, señoren, que'stá principiando.

El rancho es ermita humilde, quizás humana, pues la música suena a rito y hay incienso de andullos. El respeto se tiende como el aire por encima de los negros y aún los que no cantan porque son primerizos en amores, tararean con el alfabeto de la mente adivinando la cantaleta próxima.

Oh!, Jesús crucificado,
muerto por mi redención,
concédenos por la cruz
nuestra eterna salvación.

Amén Jesús y María,
Jesús, María y José.

Es la última noche, la novena. El obsequio labora en el descanso y mientras los primeros tragos refrescantes permanecen entre las hembras, los machos de atrás se cuecen, tragando aguardiente, en pos de la rutina de los sábados o, mucho más aún, porque han resuelto esa noche colonizar un cruel concubinato. Viéndolas desde arriba las botellas parecen flotar en el charco de cada grupo: es que recorren el montón, de mano en mano, besándolas los bembes por el pico, dentro de manias primero porque el antebrazo quiere esterilizarlas, aunque luego, cuando sea preciso tenerlas con todos los dedos, se mezclen las salivas como los sudores y las lágrimas. Y los reclamos del gusto dilúyense en los cantos que faltan:

—Dácame acá...

—Qué barraco!

—¡Concho!, ése ej pior que Maldonado.

—Ese jué un trago é doj deo... pero asina —y enseñan el espacio entre índice y meñique.

—Jesú!, que báibaro!, acéiquenle agua.

—Ave Maria, qué beimejo...

Y las conchas de los mares
te ofrecen sus lozanas,
y las aves en porfia
te brindan, cruz, sus cantares.

Amén, Jesús y María
Jesús, María y José.

Después terminan las canciones, hombres y mujeres arrinconan las sillas de guano, haciendo el espacio para la danza, y en los más afanosos el merengue vive desde ahora. Los jóvenes sueltan el botón que mortifica el cuello y algunos envuelven las mangas por encima del codo. El ron ya está arriba, en la cabeza, y ha desaparecido la timidez que se trajo.

Raspa el güiro, dá miedo el balse y la guitarra ofrece sonos en hilos: ya están bailando los negros y las negras. No hay quien se conserve quieto ante la carrera del merengue, pues aún las viejas se ocultan en los cuartos a mover las caderas y los hombros.

Pero el Taringo pronto recuerda el convite. Como tiene la novia ausente, le es más fácil zafarse de la cosquilla que las notas le causan en la raza. Lla-

ma desde la puerta a Julio y ambos llegan al patio, a donde les seguirán los demás que puedan vencer el gusto.

Ya el monte les protege contra la curiosidad de las hembras que han perdido el ¹parejo después de dos palabras: — Vuevo ahora. Hablan, entonces, muchos a una vez, levantando los brazos hasta que el Taringo les concentra, llevándoles a los sitios del trabajo por sobre la contentura del alcohol.

—E posible planeai una jueiga pa Junio, de aquí a casi doj mese, a fine dei mé.

—Ojalá fuea ahora memo, pa que utedej viean.

—No te apure, que ya te podrá desahogai.

—Habladoi!

—Abajen la vo, abajen la vo, señoren. Hay que andai con cuidao.

—E la veidá, muchachoj.

—Fijaremo ei veinticuatro de Junio pa que naiden vaya ai coite. Y vamo a aguantano la boca eto día a vei si guaidamo lo que se puea poi si dura mucho la cosa. Poique naiden saben...

—Entendió.

—No hay má que decí.

Y continuaron hinchando el esquema, semiolvidados de las ne as que ya debían sudar escandalosamente.

En el pueblo se ha constituido el Comité de Recibimiento para la próxima visita presidencial. El Benefactor de la Patria encantará la región con su uniforme y hay que reciprocárle la dicha colmando las calles de banderolas nacionales y, sobre todo,

diciéndole mil veces la convalecencia del pueblo bajo su paz, y que no hay hambre! ¡Que no hay hambre! Que todos los negros están hartos y jocundos! Es un Comité de empleados públicos: el gobernador, el diputado, el senador, el juez, el jefe de sanidad. Todos los que reciben un cheque. La gente decente.

La comisión recorre las tiendas del pueblo en procuración de óbolos espontáneos, para deshacer la mitad a las plantas del tirano y el resto llevarlo a las casas, como un nuevo sueldo. Contribuyen los burgueses pálidos de miedo, con esmero notorio en la ofrenda apenas solicitada por la presencia de los lacayos en los umbrales, pues si denotan alguna mueca fría, serán señalados como reos: ¡enemigos del gobierno!

Los padres deseosos de empleo engordan las hijas y recomiendan a todas las hembras de la casa grabar gracia en las caras para que el Benefactor se prenda del retoño o de la mujer ajada. Aún los del barrio quieren comprar ropa nueva o teñir las cosas para ver el gentío de los parques y esquinas.

Todo se olvida ahora, porque habrá fiestas. Habrá merengues. Habrá ron. Habrá fuegos artificiales lanzados a tomar de mampara el cielo, con los ojos de la pobre gente maravillados en la luz juguetona de lo alto, aunque las que son flojas quieren unirse las sienes tapando los oídos cada vez que el lindo chorro ascendente parece explotar duro. Demasiado ajetreo en el pueblo y mucho cuidado en los de abajo, pues las bocinas de los carros apenas tienen tiempo de sonar en el aviso, sobre las ca-

lles estrechas y llenas de lunares en todos los tonos del verde, según la vejez de la mierda de las bestias.

Las chopas libres blanquean sus piezas y lavan los pisos. Se apresuran con ahinco porque con la visita grande vienen los guardias que siempre acompañan, sobranceros, la democrática categoría del general supremo, para su cuidado y sus alardes. En la misma zona de las mujeres malas — pan de entrepiernas— el brillo acude rutilante a todo lo que pueda ser pulido, y mientras los gramófonos son equipados con los discos de moda, la maipiola corre hacia el Cibao en busca de la carne nueva, india, engañada. Se abastecen, pués, los prostibulos con el surtido de las tierras montaraces del Norte, almacenes de niñas sin la malicia de los parques criollos, vestidas con la exuberancia de los ensanchamientos precoces y aún con la inofensiva abertura de los montes, como si en el pecho fueran los senos bombillas para la ceguera de los otros más sabios y, bajo el cabello lacio, recién lavado con la pulpa del aguacate blando, la sombra clarísima de quien vive en pleno cielo, entre los santos.

Llegan los espías — heraldos de la maza encima— a limpiar los caminos, la plebe, y aún los burgueses que mastican la rabia de los maltratados por las fronteras impuestas a la lengua y a los dedos. Llegan con semanas de adelanto para llenar las cárceles y abalear sospechosos, gente señalada por alguna pureza mantenida a pesar de los años enfermos que pasan tentando. Llegan los espías con los oídos mejores al servicio de la tranca que a diario

aplasta hombres. Llegan como inocentes a la vera de cada grupo callejero, hábiles a través de los pocos metros que les separan de dos hombres que han querido hablar a solas, o todavía audaces para hacer la nueva amistad provinciana con el indiferente que va a paladear la identidad hipócrita cuando aquellos le hablan como hermanos: — dizque viene el hijo de puta. Llegan los heraldos del matón.

Desde los lugares próximos vienen los hombres trajeados a media gala, pantalón de zona tórrida y saco de climas fríos, diciendo a las claras que son de las afueras, caminando, además, por las laderas de la calle, ya que se tropiezan sobre las aceras, co-deándose unos a los otros, sin quererlo.

Y junto a los bríos de las preparaciones cuchichean los pobladores, vaticinando con murmullos la avalancha venidera, rodillo omnipotente que dejará los cheles más amargos, por las compras de los días, en los cajones de los ventorrillos, catarros por el polvo sacudido, pintura nueva en las casas y un luto, antes impreciso, colgado de un cuerpo flaco de mujer y en los corazones parientes de la víctima hecha para hacer más cómodos los pascos de la democracia.

Aprovechando cualquier breve ausencia de Felicia, Cipriano Benítez registra el arma. Antes, alguna que otra vez, cuando los revoltosos contra algún gobierno chirriaban por los lados del Patú, en sus manos había caído algún revólver que, con timidez primero, había llegado a conocer tal vez sin la conciencia puesta.

Pero ahora lo amasa acariciándolo casi, hacien-



do ágil el mecanismo a medida que anida aceite en todas las ranuras. Apunta con él hacia cualquier rincón de la casucha y desea como vivir en la selva para poder dispararlo contra un blanco colocado cada vez más lejos, sin que nadie le oyera conmover el ambiente dominante siempre sobre los corrientes ruidos de la vida diaria.

De veras persigue hermanarse con el arma, fuera de la vista de la compañera, para dar seguridades a su propia animación. No quiere, cuando llegue el momento agridulce, sentir en las manos algo extraño, sino, por el contrario, algo ya manoseado muchas veces por sus intimidades y por su reserva, pues sólo el compadre Justino conoce el plan del hombre y el momento fijado para las liberaciones. Y cuando piensa que Felicia se acerca de regreso la esconde en el patio, lamentando separarse de lo que ha llegado a querer como se quiere a un hijo agradecido.

Días pasan y la vieja no tiene diligencia fuera de la casa. Entonces él mismo busca los pretextos que han de obligar a Felicia a echarse la bata más limpia encima de la que se ensucia en los quehaceres y a salir en pos de alguna compra pequeña, insignificante, como ésas que mandan los ricos a la tienda próxima para gozar el placer inacabable de levantar la voz a la sirvienta que tiene algún pudor y sufre por que la miren descalza y raída sobre las aceras. Cipriano está haciendo potable el arma tan querida.

Apenas abandona él el rancho en estos días en que ya el pueblo ha traído, precipitadamente, al

bárbaro. Se levantan arcos y columnas. El nombre amado por los que reciben sueldo suena a cada paso o mancha los lienzos que se cuelgan de los frentes de las casas. Y para Cipriano es doble la maldad urbana porque también tropieza con los afanes que pone sobre el pueblo don José Rodríguez, el mejor contribuyente a la buena fiesta de la recepción.

Es como arrodillarse sobre un guayo.

—Seña Elupina! Seña Elupina!

—Uuuuuuu...

—Asómese un chin poi ei patio! Pa quej'oiga!

La vecina deja de mondar los rulos porque algo bueno ha de decirle Antonia, que la grita siempre como llama a Dios en los momentos de alarma. Está en cuclillas y puja al enderezarse con fácil inconsciencia porque ha tenido nueve partos difíciles. Preséntase con el cuchillo sin mango en la mano derecha mientras con el otro antebrazo se limpia el sudor que la molesta en la frente cual si a ella se hubiesen pegado plumas de pichón.

—A vei, Antonia.

—Ni'han me diga, vecina. Po'aquí tuvo la Juana é Felicia procurando hoja é ruda y maguey...

—Jum!, ya lo taba yo oyendo hace días en casa é la Andrea. Cuando suenan la cosa...

—Quien la ve, echa la mojca mueita, pareciendo incapá é pecai con los ojo.

—¿Y será dei novio?

—¿Que novio?

—Adió, ei bracero que hace poco le hacía la ruela en toitica la noche. ¿No se acueida, vecina? Uno ei, epigao, presumió de veidá...

—Ni'han me diga, que ya me acueido tai! Si hombre, sí, aquei que caizaba zapato é do tono.

—Anjá! Ei mesmito...

Es la malicia que no tiene mesas de bridge donde posarse y se encaja entre los quehaceres de las hembras del barrio. La especie que sazona el caldo de las palabras de patio, reforzador como toda intriga, haciendo las veces de escena barata para la humanidad que no puede gastar en cinematógrafo. Con gusto se abandonan los viveres a la voracidad del fuego; sin enojos, mientras se comenta con sal, llegan los vapores del café que hierve y se daña cuando sólo se quiso tibiarlo sobre las brasas. Las cualesquiera son entonces matronas de arriba si se ajustan a la obra de los comadreos, sobre todo si ambas conocen de cerca a la que ha sufrido el percance que aviva los cuentos. Crianse así desde niñas, oyendo a las mamás en las mismas manías y sabiendo más tarde —al probarlas— por qué hasta podían realizar las travesuras más malas cuando las viejas se ataban a hinchar los picores de otras.

Amores, caídas, los boches, el alquiler perdido, las trampas, el berrán, todo se enhebra en los barrios, primero en los patios y luego en las puertas del frente, con más audacia, más a lo hombre, pues en la calle común, a lo claro, se es menos cobarde. Pero nada, nada es más saboreado que la barriga ajena. Nada es sopeteado como la preñez vecina, precoz. La comen de poco en poco, como al dulce favorito, para que dure, para que rinda. Y cuando se agota o cuando empalaga, se agregan almibares nuevos o se dan nuevos ratos de fuego para que no

repugne tanto. Es la vecina encinta, la panza prohibida sobre los muslos menores, la que mejor aguanta las lenguas inútiles de las mujeres pobres de un barrio en nuestro peñón. Tal vez porque tiene consecuencia movable, el dilema: el macaco o el crimen cristianísimo, salvador al cuadrado. No es una rica en estado, más gruesa, como dicen de la recién casada los nobles; ¡no!, es una negra empañada la leña, la cuaba segura que enciende el reverbero de las murmuraciones.

Se goza:

—Ahí tiene la mai, ¡poj parejera!

Se pena:

—La probe, qué sueite ha tenío...

Se teme:

—Que me libre ei Señor!

Se miente:

—De aseguro que a sío aiguno é loj novio.

Y se ruega, también:

—Lo que má le convenga, que sea...

Sarcasmos hay de ñapa en toda la miseria de la comunidad, ya que puede mejor el placer de los chismes que la fraternidad tan justa. Ya que, al rodar la voz de la verdad, cuando quiere flotar la certeza del crimen de un burgués forzador, la hunde el contrapeso de una frase dicha con flojera, sin esfuerzo, como quien pone un veneno en el agua de lluvia, por no dejarlo:

—Pué yo si no credo que un blanco se fije en semejante cosa...

—...an teniendo plata de sobra p'agarrai lo mejoi.

La mujer infeliz que sufre retardo en las reglas o que mantiene estática a la prole, acostumbra tener en los patios plantas que, hervidas, bajan la luna o botan el huevo que no se quiere dejar progresar por evitarle hambres futuras y ciertas. Ella, la mujer sífilítica o trastornada en la sangre menstrual, además de la sabia que vive de médico, recetando brebajes a las niñas del barrio y visitando las pudientes del centro que, periódicamente, apelan a la rural maestría de aquella experiencia para salvar un escándalo o para que un recién nacido no les tuerza la vida social de casinos y jiras.

En cada alrededor hay una mujer profesora en abortos y varios pequeños solares que son las arcas de los emenagogos. Comadrona que gana también echando las barajas y poniendo palabras en los pozuelos sucios de café colado. Areas infanticidas y regladoras son los suelos traseros en que se enastan las letrinas.

Y es suficiente que una negra pida en regalo un manojo de hojas para que se diga:

—La Juana está llena:

Nadie detiene la urgente noticia. Nadie es capaz de evitar que los patios se digan las nuevas. Nadie, tampoco, lo intenta siquiera, pues ya algo se tiene si el taita o la mama discuten un día. Le echarán la infusión a la cara. Sacarán esos trapos.

Tres presos de confianza trapean los mosaicos de las galerías presidenciales. Friegan los pisos hasta verse en ellos retratados antes de que el sol se meta en el cuarto de baño del jefe.

La cocina, al fondo de la terraza, es el primer taller del día. Entran y salen los lecheros, los chinos en medio de una balanza de hortalizas y los sirvientes que reciben las carnes. Se prepara la vida presidencial, la vida suprema. En cada ángulo, al pié de cada ventana y aún en la azotea, las estatuas de los guardias, armas al hombro, dan a la mansión cara de museo.

De momento surge la figura de un mulato uniformado. Es el coronel Fortuna que viene a recibir las órdenes del día. Precede a la hora de recibo desde que una vez el jefe levantóse fuera de la hora de costumbre y le azuzó un escándalo. Le hizo perder quince minutos de baño.

Pasease el coronel por las galerías acabadas de asear, pensando en los dolores que sufren los presos cuando, por cerrados, les aprietan los granos, mientras, siempre a sus espaldas, uno de los sirvientes va limpiando las manchas con que las botas empañan el piso.

Un olor a esencia francesa acaba de bien despertar los ánimos de tantos subalternos. Todos alzan las faces, husmean y aceleran los pasos y las manos. Se han abierto las puertas del jefe! Y desde adentro surge una voz chillona:

—¡Coronel Fortuna!

Y todos los guardias próximos la repiten como si se lanzaran de boca en boca una pelota sonora:

—¡Coronel Fortuna!

—¡Coronel Fortuna!

—¡Coronel Fortuna!

—Mi coronel...!

Están ya limpias las amplias galerías.

La fisonomía parece muerta; la piel, un cubrecamas pardo, inmóvil. Es una línea oscura, sobre fondo blanco, trazada con la regla del miedo por una mano matemática. Le sobran las pestañas y dijérase que respira por dentro.

Años atrás, tenientes los dos, le tuteaba, y parrandearon juntos, golpeando a los cueros y estrellando los vasos cuando en las casas de putas escondían las últimas cervezas, para salvarlas. Recuerda Luis Fortuna como era de pargo su dueño de ahora, relajado por las hembras con chulos, cubeado por los maipiolos que le agrandaban los montones de frascos cada vez que le notaron borracho.

Pero tiene que decirle: “usted”, “mi general”. Tiene que morir ante sus ojos desde que el viejo Castro, el ex-presidente se enamoró de su buena presencia.

—¿Y esa mancha en plena camisa? ¿No le da vergüenza que yo lo vea así? ¿Es que no puede presentarse más limpio? ¿Que sea la última vez! Oh!

—¿No responde? Ah, carajo!, miren que puerco! Dígame pronto de qué es esa mancha...

—De café, mi general.

—Cállese la boca, ¡carajo! Que a mí no se me contesta!

Vidrio al fuego, así le reventaba la indignación al coronel Fortuna. Sinembargo, apenas había movido la tabla del pecho para hacer un suspiro sustantivo.

—Atienda bien: vaya enseguida a la oficina del partido a decir que digo yo — que digo yo, ¿sabe?— que necesito para hoy mismo el programa de la recepción en Macorís.

Recuéstase al respaldo y prosigue:

—Esos pendejos son capaces de querer detenerme en cada esquina. Que va! carajo, a mi no me joden así tan pendejamente. Un solo discurso en el parque y basta. Ya me hartan tantos negros berreando para que les den empleos.. Ah!, carajo! Pero no se ha ido!

La picada del mosquito más hambriento no le hubiera llamado más recia y veloz la mano a la frente. Dió media vuelta y salió en puntillas, con el espolón de la póstuma amenaza fincado en el dorso:

—Y tárdesese, pa'que vea!

Hasta que hubo sonado el portazo del carro oficial, le duró el azote a Luis Fortuna. Pero sobre los cómodos muelles, sentado entre los olores de la nafta quemada y de la piel bruñida, pensó:

—Uno dejándose mandar por semejante cabrón.

Y quiso desquitarse, en venganza pobre, leyendo las palabras que le enviara una vez Angélica, una puta que jugueteó a sus anchas con la hombría del jefe. Extrajo de la cartera un papel ya blando de viejo:

“mi querido amoi

dile ha Llapita que me aga el favoi de mandarme lo cuaito que lla me tan cobrando la casa y

tu puede eta noche ende que den la dose.
tu mamita”

Trás la buena mesa de su despacho el Presidente quedóse analizando el plano de la ciudad que pronto recibiría la gracia de su visita transformada en algunos empleos para los provincianos que mejor le halagaran en comparación con el santoral y con la historia. Y mientras va colocando una centena de guardias trajeados de paisanos en las esquinas del pueblo, casi oye los discursos que le rebotarán las glándulas, cuando le griten:

“La divina paz que habéis formado os acredita como un gran hombre de la humanidad, Benefactor de la Patria...”

Y la sonrisa del demonio le desequilibra el bigote.

102

1014

1016

1018

1020

1022

CAPITULO VIII

Son muchos los días que han pasado sin que el Taringo haya visto a la Juana. Claros y sombras. Casi desde que a la muchacha la echó a la calle, como un palanganazo de agua por la puerta lujosa, el empujón del abuso. La buscó él luego que ella abandonó el alquiler para contarla sus nuevas faenas y no pudo el cristianismo de la causa borrarla un momento de los pasos. La panza avanzó y la negra quedóse todo el día metida en la casa. Algo debía ocurrir antes de que él la viera colmada, algo que la arrancara las molestias: del alma y del vientre.

“Toi enfeima, mi negro, pero credo que un mej pasa y toy buena”, habíale escrito en un papel de estraza, en el que vinieron envueltas algunas raíces del taita.

“An cuidate bien, morena, que pronto taremos ajuntao”, púsole él al respaldo.

Y los días llegaron muy lejos hasta coger la calma del negro y rajarla.

—Si pudiea dentrai pa mirarla aunque sea! Pero ese viejo é muy serio... —decíale Taringo a cualquier compañero del corte.

—Adió, peo anda p'allá, que poi má que te haga no te arranca un pedazo —respondíale a su ánimo.

127

—Si tu le viea ei ceño a ese hombre; parece tai siempre montao.

—Pué yo tu m'empcichara y llegara a la puerta diciendo: buena noche po'aquí, é un amigo é la Juana que quié sabei como sigue! Y te puén repondei: adéntrese un chin!

Suelta la mocha y corre hacia el barracón en que guarda la única muda capaz de blanquear un domingo. Se lava y se marcha voceando:

—Ai capatá que fui allí!

Y todos le despiden con ganas de alivio, queriéndole ver de regreso contento, adivinándole el rostro gracias a los dientes más blancos que todos puestos al alcance de quienes le esperan como a una noticia.

Por la esquina del rancho que para él es palacio por lo que guarda adentro, retoza el Taringo con las puertas curiosas que sacan cien ojos a verle. Esposa las manos, para que no le bailen, en los bolsillos y se aprende las piedras situadas junto a la luz que se apea desde el foco. Un cazabe grande es la rueda amarilla sobre la cual se arruina como si se exhibiera.

No se atreve.

La enriquecen los nervios, demasiado pronto. Intenta recorrer la cuadra y se apresta, relojeando hacia el cielo tan oscuro que hay que presumirlo. Ya en la otra punta, devuélvese rápido haciendo creer que extravió los caminos, y al pasar otra vez ante el bohío es cuando mira, con los ojos violentos. Apenas la única ventana, burlándole, está abierta. No se detiene más en la vidriera de la esquina,

pues habrá de fugarse enterrándose a través de la cuesta porque le miran muchísimo:

—Qué gente mañosa!

Por sabichoso que fuera el corazón de la novia — corazón queriendo— no pudo decirla: asómate. Toda la mente, todo el esfuerzo, todo su deseo, estaban junto al bálsamo que para ella era el aborto. Se trasladó al bajo vientre.

Mientras Ramona y Felicia obedecen las recetas, la Juana está echada en cruz sobre la colombina. Arden los piés en un balde de agua que es como un peldaño ante el camastro y, a través del tronco, crúzala una sábana resto del ajuar que trajera la mama cuando se unió a Cipriano. Los ojos los tiene cerrados, sin que duerma, pues sólo busca apartarse del sitio, blandamente. Ya ha tomado la primera infusión de ruda, fuerte y caliente, sintiendo, a poco, que algo le tiembla donde está por ahora plantado el tormento. Quiere ayudarse a sí misma y cuando suenan las ollas en la cocina hace esfuerzos centrífugos.

—Apaita laj pieina, muchacha — ha dicho la madre trayendo las manos cargadas con dos parches de mostaza.

Cede la negra con poca vergüenza porque es quien puede trastearla, y la adhieren el par de sinapismos que pronto han de quemar como tizones. Siente al principio frescor en los muslos, creyendo que la soplan en ellos, pero luego se enseria al notar que tiene alfileres donde antes gozaba cosquillas.

Es la experiencia de Ramona la que trabaja en la liberación de la negra. Primero, el brebaje cargado de ruda; a seguidas, las brasas de mostaza pegadas a la cara más suave de los muslos. Si no hay triunfo, tienen a hirviendo el maguey, la coluquintida y el "fuerte-azul" comprado a propósito. Con cada mal trago la dan asimismo quinina en cápsulas y masajes con hojas y sebo, mientras la dicen:

—Aguanta, carajo!

Pero la Juana quiere disolverse en revuelcos por el fuego de los sinapismos. Remuévese y pareciera que es con gusto si se quedara muda, mas, está hablando con todo lo que pueda expresar sus dolores: araña con las uñas los paños que la tienen tendida, con los calcañales quiere romper el lecho y con la desesperación grita:

—Ay, mama, ¡carajo! Arránqueme éso de ahí que me troza laj pieina!

—Aprende a sei fueite, muchacha dei diablo!

—Que me tan azando vivita! Asesinaj de miei-da! — e intenta librarse ella misma.

Pero saltan madre y madrina a crucificarla en brazos y piés:

—Aquiétate Juana, que ya feita poco!

—E qu'eso me aide, mamita! E que no pueo sopoitailo!

—Muchacha! Si te aguaita tu pai...!

Resuellos bien hondos quedan resoplando en la cama, después que la negra perdió el sentido sin que la sangre bajara a manchar los paños puestos al control como la "gurupela". Por supuesto,

no hay motivos de coplas ni de llantos tampoco. Hay que resolverse por los demás brebajes, pues la negra resulta fuerte para soltar lo que apenas es de ella. Cuclan los tés, presurosas, las curanderas tardías de la honra querida, hacen planes de echárselos todos a un tiempo: —p'acabai de una vé, poi-que é dura la muy sinvergüenza —, cuando llega Cipriano de fuera, adonde había ido escapando a la irritación de aquellas maniobras que le arrimaban tanto al día del hallazgo. Además, la Juana podrá quejarse y entonces, quizás, él se pierde en la furia hasta alguna locura.

—E mejoí que me vaya . . .

Y había salido, dejando más libertad a las viejas y, sobre todo, a la hija, que ya preguntaba:

—¿Y pai, tá en la sala?

—No, m'hija, salió d'encaigo p'ai pueblo.

Eso dió más valor a la negra y hasta mejores fuerzas a los pujos que saldrían como potros en una sabana sin que orejas de macho los juntaran.

Dos horas pensando en las calles son bastante para tornar al bohío y tener el derecho a la buena noticia. Carraspeó antes de entrar y limpió los zapatos en el quicio portero sonándolos mucho para que le recibieran. Pero nadie acudió a obsequiarle el —“por fin”, y debió caminar toda la vejez del rancho para hallar en la cocina a las dos mujeres.

—Ahora tamo en lo último. Si con eto no afloja ni'han Dió se lo saca! Ave María, qué piedra!

—Oye, Chano, y Ramona se queda ejta noche poi que no habrá efeito ensegüia. Doimiremo, y quizás en la amanejca . . .

—Que San Ramón meta la mano!

Como no era su hija la que estaba en apuros, cayó Ramona como un horcón tumbado en la mitad del lecho a que tiene derecho Cipriano Benítez. Felicia, a su lado, apenas moviase para no tocarla y mejorar así la incomodidad que prefirió quien no era obligada. Pero mientras la comadre ronca largamente la vieja no pega los ojos, pues ya casi ella siente lo mismo que la Juana. El padre quedóse a dormir en la sala deseando allanar los apuros de la huésped, y allí tiene más tiempo y más soledad para pensar en la dureza que está pre-setando la matriz de la hija. Nadie se mueve a su lado, nadie le respira cerca y él cree, por todo, que le han ofrecido un trozo de vida para que recuente y sangre.

Buenos son los barrios por recogerse todos a un tiempo. Son por eso mejores los sueños, aunque no haya mucha blandura debajo. No duermen con el cuerpo sino con la mente. Apagóse hace rato la última malacrianza de la vecina criatura que lloró hasta que le engañaron con agua vacía y los gallos están por ahora en su madrugada, soñando tal vez con crestas de oro y espuelas de chifles. Con toda la miseria que se deja caer, aplastante, la guitarra no importuna la mansa oscuridad que sólo descubren los grillos, y si alguna ventana está picada de estrellas para cualquier desvelado son éstas las que desde el cielo rechinan. Los mismos caballeros de la ciudad abandonan ahora más pronto a las queridas, después de dejarlas el diario primero que a las buenas, ya que si trasnochan sufren más tar-

de temiendo a la grima con que "Los Asuntos" se protege en donde los palos de luz todavía no han hecho los recodos.

La negra en espera se ha dormido. Y, si quisiera, al otro día no sabría cómo explicarse esa suerte con tantos amargos bebidos a base de energías maternas y de propias mejoras. Antes de irse a los sueños pensó imposible lograrlos, y así fué como pudo quedarse: sin creerlo. Y lo había pedido a los santos porque nada le fuera más dulce si la mentada sangría desembocara dormida. Para botarlo sin sentirlo. O sintiéndolo de un golpe, en un susto.

Sin que le oyeran, expresamente abriendo la boca sin parir ninguna de las muchas palabras de que estaba preñado, feliz hombre!, Cipriano se dijo:

—Que se me ejpante eta preocupación ante de que me llegue ei momento. Asúntame, Dioj! Ablándale ei paso, Jesú!

Tal como ella lo dijo a su miedo: sin sentirlo. Y no sintió tampoco la más dulce sensación de haberlo logrado fuera de sí, porque se fué en sangre y en ésta la vida. En la hemorragia. Tal vez cuando el viejo pedía por su suerte.

No hay quien tenga tan fino el oído para oír una muerte callada. Sobre todo si hay lienzos que se chupen la sangre, como lluvia en la arena. Había muerto la Juana como si la sacaran la vida por un caño, suavemente. A Dios gracias porque no hubo desesperante agonía y, fatalmente, porque tampoco pudo dejar las últimas frases a los taitas y al novio. Sólo así hubiera mentado al Taringo delante

del viejo. Los brevajes habíanle puesto fuerza de gravedad al sueño, ya antes los vómitos vaciaron su estómago y, de seguro, la remataron algunas toxinas. Unicamente la desgracia se anuncia, desde el cuarto, por un olor terrible de accidente. Hue-len a volcadura.

El frescor de la madrugada comenzó a repartir el olor de la sangre por todos los rincones de la casa. Metiase la brisa por las hendidias, gustosa porque algo había que remover transportando. Y es que parece que el aire se goza cuando es noticioso mucho más que cuando refresca. Fué creciendo el viento hasta hacerse presagioso de lluvia. Iba a amanecer nublado. Hinchase el bohío, despertando a Felicia, y la obsequia, mezclados, sus dos deseos: perfume de hospital y el gusto, si cabe, medio frío y medio tibio, de permitirle reanudar el sueño acurrucándose.

La mama piensa en la hija desde que la oscuridad en el despertar la pone de nuevo en la preocupación. Cuando huele, se espabila y llama:

—Juana! Juana! ¡Muchacha!

Y para ella, mentalmente:

—Jm! Que bajo a sangre...

E inmediatamente, cogiendo la luz en larvas, que la acompaña junto a la almohada, corre hacia el cuarto de al lado donde la negra, muerta, ha empezado a enfriarse sobre la propia humedad de su vida que ahora está en la esponja de la colchoneta, trás una transfusión a la pobreza hermana.

—¡Ramona! ¡Cipriano! ¡Corran, señoren!

Y sacudió a la muerta.

Pero sólo logró hacer que las manos de ella, encima del sexo, dieran a la hija un gesto suplicante caídas en ambos lados de su tronco.

—Está mueita!

Correderas, fricciones, todo sin lágrimas porque los viejos lloran hacia dentro, bebiéndoselas con los mismos ojos que en otros las vierten, devolviéndolas para acabar de rebosar el alma, sobre todo cuando tragedias así están vinculadas a culpas propias o, por lo menos, a maniobras de familia.

—Llamemoj a Fulgencio, ei que ensaima. Corre, Cipriano!

Y él llenó esa forma para que luego la mujer no le echara en la cara esa falta, para que todo se intentara hacer y la madre la creyera perdida de veras.

Pero no llegó donde el ensalmador vecino, evitando que supieran la verdad de la muerte y que con ella ardieran después las horas mentando la culpa. Quedóse mejor sentado a la puerta, abatido, cortado, mientras las dos mujeres ponían la mortaja y encendían sobre el pico de algunas botellas velones que siempre se tenían para lo que pudieran ofrecerse.

Ningún hombre en tal caso, ni pobre ni rico, hubiera evitado que el pensamiento tomara la ruta inevitable, inminente: camino a José Rodríguez. Una patada suya, de Cipriano Benítez, el taita, contra el vientre de la hija para curar el suceso, una garrocha/bueyera sondeando entre sus manos por los entresijos de la negra, él mismo asesinandola

a punta de *cinco clavos*, nada de éso fuera para él la culpa de aquella desgracia. Todo lo carga sobre José Rodríguez, y en verdad que tiene razón el viejo, razón para él mismo, y no se arrepiente de haber confiado el aborto que se la arrancó para siempre. Así dice:

—Si no hubiea sío por ei, carajo!, por ese hijo é puta . . .

Y casi se le disuelven los ojos.

Morada, color del caimito maduro, abriase la madrugada ante los ojos de Cipriano Benítez. Adentro ya rezaban Felicia y Ramona, hincadas junto a la colombina en que se aclaraba la negra Juana muerta. Viento por entre las yaguas era el rezo que silbaba en los labios.

—Recibela, Señoi, que era buena mi hija.

Y Ramona:

—Por el aima dei difunto
ayudanoj'a rogai:
que Dió la saque de pena
y la lleve a dejcansai.

Afuera, las dos manos en cáliz, sostenían la hostia de su cara —pan moreno— mientras se hablaba:

Ijque echaime un hijo más ajeno que de nosotros pa que caigue mi nombre. . . Ah, cara, mejoi que eté mueita, mil vece no digo yo. . . O lo flojaba o se diba, pero ése no lo paría ella en mi rancho. Ah, Jesús! y se me jué!

Estaba atónito. Pero cuando se le ocurrió ali-

viarse más al fondo, más allá, pareció un caballo espantado:

—Pero la culpa de tóo la tiene ese ladrón que manda. Si aquí hubiea justicia la probe tuviea vivita y coleando. Poique cuando asina se vive cualquié trompezón se debe al abuso que tóo lo resueive pa'un lao.

Y con esto último vengóse por un rato, rumiando la venganza que sería pronto resumen. Y tan delante estaba, que no advirtió cuando la comadre salió hacia su hogar en busca de Justino y de un traje presentable para recibir los pésames tan pronto se completara la amanezca.

Como el café fuerte que, solo, levanta a los hombres con el aroma y despertando las ganas de echar los primeros humazos del día, fué la voz que regó por el barrio la muerte de la única hija de Cipriano Benítez.

Juntando las candelas recibieron las mujeres la noticia lanzada desde un aposento de al lado, y también dicha nueva atravesó los coladores de tramo sin quedarse nada mezclado a la borra.

—Hay que dir a cumplir con los viejos, señoren.

—Ricuéidate tú que cuando murió Agustina, que Dió la tenga en la gloria, Felicia jué la primera en vení.

—Poi San Pedro, Calín, mira que cuando por un trí te morite Cipriano se pasaba laj nochej'en vela.

Y así se fueron yendo al bohío de turno para enlutar el barrio, pues, aún antes de correr al pé-same escondían los juegos de la cría, avisando:

—Ya lo saben Remigio y Felito, cuidao con dir-se a correteá en la calle, y ni piensen en aimá la bulla que privan utede en ponei a toa' hora, jum!

—Mira Juancho si te vaj'a\gabei poi loj techo vé-melo avisando pa echate la pela ende ahora. Há-te pendejo!

Cuántos amigos tiene Dios entre la pobre gente que de a verdad desea que a diario les llegue, en cada bajada, siempre. Viven llamándole.

CAPITULO IX

Aun caminando de puntillas cree que está mortificando al templo. La bóveda vende sus pisadas, hinchándolas, por lo que Cipriano abandona la marcha sobre los dedos y se decide a estampar sobre el mosaico la suela grosera que le cuida las plantas. No lleva tacón de goma, que es neumático para carruajes finos. Desde la sacristía el fraile ha escuchado las pisadas asustadizas que le vaticinan parroquiano fácil, católico.

—Si uté me dijcuipa, señoi padre, y me asunta doj palabra...

—Siervo suyo, querido hermano mío, adelante y acomódese por aquí...

Le trata con gentileza de oro, como a un rico. Tómale el sombrero economizado a fuerza de los estregones de Felicia y le brinda asiento cómodo.

—Haga el favor, hermano, no se coloque de espaldas al aire; así puede resfriarse. Además, así, mire, así, está frente a San Francisco, para que lo ilumine.

Y se santigua, tal como si quisiera alejar una mosca:

—En el nombre del padre, del hij... —y termina silbando cual piropeador de esquina.

El viejo Benítez, que anda con un dolor inmenso encajado en el alma sin que le cupiera, piensa:

—Ete cura é peisona.

—Recemos primero un padre nuestro, hermano mio, para que todo lo que hablemos agrade al Señor. Eso sí, con devoción! — y no le espera, pues cuando la turbación del negro reconstruye lo que desde la infancia no usa, ya el cura arrastra, por una cuesta, las últimas palabras:

—... mas, libranos de mal. Amén. — alzando los ojos para decir: —Ese criado sinvergüenza ha dejado visibles las telarañas de aquella ventana.

—¿Y en qué podemos servirle, señor?

—Pué vea, señoi padre, a mi me resuita, ute sabe que se me ha mueito la muchacha, la que mentaban Juana, mejoi dicho, amaneció mueita sin que naiden en casa se diea cuenta...

—Que Dios la reciba — cortó el párroco, técnico infalible del agrado— Por supuesto, si es que va bien enterrada ¿no?, conforme a lo que ordena la santa madre iglesia... Padre nuestro que estás en los cie... ssssssssss. Ejem! Usted dirá si lo quiere de primera, de segunda o de tercera. Claro que no pienso que a una virgen, ¿no era casada, no?, que a su querida hija, ¿la quería usted muchísimo, verdad?, la entierre con la última clase. Eso nunca. Es más: estoy seguro, puedo decir, convencido desde que le ví la cara de padre cariñoso ¿no?, que usted hará lo que esté a su alcance por acercarla lo más que pueda a la mansión del Señor — tópase la frente y los labios— Ejem, ejem! Yo podría hacerle un precio especial, claro, claro, por ser a usted ¿no?, algo así entre primera y segunda,

en fin, suficiente para la pobre muchacha que de seguro habrá muerto bastante limpia...

—Yo credo, padre, que no...

—Vá, hombre, vá, en cuarentena dollares: una ganga! Al cielo por un regalo, por una limosna al Santísimo, ...bendito sea el fruto de tu vientre, Jesús. Por supuesto, pago adelantado, porque usted sabe ¿no?, se ve feo cobrar, por ejemplo, enseguida de una ceremonia tan solemne. Bueno, a ver, usted dirá...

—¿Yo? Yo no tengo un chele —díjole Cipriano Benítez pobre también de palabras, lacónico como sus mismos recursos.

—Oh!, pero es loco — y hacia el cielo— perdónalo Señor, no sabe lo que dice...sssss. ¿Se atreve Usted a rechazar el favor que el Todopoderoso le hace poniendo la salvación de su hija al alcance de unos cuantos pesos, de dos o tres papeles viejos? Oh!, la furia de los hombres. Oh!, el egoísmo, ...hijo y del espíritu santo.

Pero padre, é que yo apenas consigo alguna chipa que ni me alcanzan pa el plátano. ¿E que uté no se fija en mi apariencia? Poi favor, señoi cura!

—Ja, ja, ja. sí, sí, como nó! Eso es viejo, amigo: se visten con la ropa más sucia para inspirar lástima, pero la suerte que Dios lo vé todo... Oh!, perdónalo, Divina Providencia.

Se levantó el viejo traicionado también por las frases que, todas, se escondieron alejándose. Quiere coger el sombrero, mas, el cura, rabioso con la realidad, con la jugada que le hizo su primera impresión cuando escuchó los pasos tímidos e incier-

tos del viejo Benitez, brega todavía por mascarle:

—Ah, Señor, que se arrepienta. No le hagas daño, Divino Hacedor, que él buscará el dinero y se retractará de haberlo negado al principio, de haber resistido a tus grandes ofrendas.

Y atajándole:

—Bah!, hermano mío, perdónalo Dios de los cielos! El no se sentirá si le hago una pequeña rebaja: en treinta pesos, con vuestro permiso Señor! ¿Ahora sí, verdad? Vaya y traiga la plata, que no sean muy viejas las papeletas, haga lo posible. —y otra vez hacia lo alto — Hemos salvado un alma, Jesús crucificado, ssssssssss. Amén.

Pero ya Cipriano marchábase como si sus pasos fueran raíces arrancadas del suelo tan sonoro. Algunas beatas dormitan con las manos atadas, intocables por la carne del hombre. Son los muñecos de un Pío. Y un prestamista se crucifica cada vez que hace un par de noventa grados en las dos axilas.

Caja de madera desnuda le obsequia el Ayuntamiento, ataud sin lustre, más blanco por gracia, en cuyo seno será bailón el cuerpo de la hija. Nunca le dieron pan de trigo y ahora le dan pan para gusanos.

Quiere sepultarla pronto para no empobrecerla más, para sentirse él más rico desde que desaparezca bajo la tierra quien, con estirada e inerte fisiología, le exige riqueza de lágrimas y de despedida, de póstumo agasajo.

—Aquí vueivo otra vueita, y que ahora sí dentro! — había dicho el Taringo al pié de la cuesta—,

cuando vió que sobre los hombros del barrio, en un ataúd tamaño de hombre, le llevaban la hembra, le arrancaban la vida.

Aniversario patriótico hay en los caminos por las banderas que cuelgan de los flamboyanes. Jobos tupidos anuncian al enjambre de muchachos el banquete de Agosto, y las jabillas también se acercan con verdes abrazos del trópico.

Aquella es una tierra de corozos, que altos crecen y parecen frutecer en piedras. Sobre la yerba el sol está roto por la sombra de los mangos, fracturas que refrescan la siesta de las reses. En toda la mañana hay luz hasta que se quiera. Basta sólo tener los ojos abiertos mientras se marcha por la tierra árida del camino, latigazo sobre el campo. Y mirando al Taringo se piensa en la noche, en la oscuridad, a pesar de que el día tiene todas las lámparas ardiendo.

No está más destrozado porque le escondieron la mitad de una tragedia más suya que de nadie. Le dijeron, a penas:

—Se murió de un doloí, un viento parece...

Y aunque la desaparición de la negra le golpea, los brazos están sueltos, como ramas quebradas, pues no muestran el coraje que enseñaran si le hubieran hablado del prólogo que abrió tumba a la muchacha.

No haberla visto desde hace algunos días; no haber podido guardar sus últimas palabras; no lograr ganar con su cuidado la postrera ojeada de la Juana; en fin, no estar ahora en la certeza de de-

cir como resignación del inconforme: — Se hizo tóo lo posible—; son todos los muchos peldaños por los que asciende hasta el abatimiento, que es la fatiga del alma. Y entonces no sana el descanso, ni la ventilación, ni la cascada casera que se hace alzando la jiguera por sobre la cabeza para el baño criollo que siguió al del río. No son los pulmones impotentes como niños, fracasando al empinarse hacia las golosinas en el techo de un armario; son los sentimientos los que están rendidos.

Se le ha despoblado la mente que tuvo tan fle-tada de empeños humanos, se le escapa la sustitución que se procura cuando el hombre cae en el bache del dolor y dice: “úfff, este hígado de porra... , pero qué carajo!, tengo cuartos”, pensando en campanarios de monedas. Está el Taringo vacío. Como las dos tapas de pan incompletas para ser un sandwich. Está como un recién nacido. Como un complot vendido.

Siempre, absolutamente siempre, es el despertar de los domingos una lluvia de mimicas en los cuarteles de la guardia. La noche del sábado, la noche parrandera, da cabida a los abusos con mayor amplitud: es una noche y una madrugada. Cueros sangrantes y hombres ofendidos porque el guardia se coge los primeros puestos en todas las bachatas. No importa que la mejor hembra esté ocupada: la guardia tiene derecho a manosearla. Los paisanos se dispersan cediendo la tierra antes de que irrumpa la provocación amarilla:

—Aquí no hay hombre, carajo! No son má que mujere...

Pero a veces un civil tiene la vergüenza cruda y se arriesga a la pelea, ganoso de imponer su nombre entre las putas, para hacerse, más luego, de una mujer gratuita que se paga a sí misma teniendo por chulo a quien no le temió a la fuerza.

Por eso, en los cuarteles la aurora dominguera se aburre entre náuseas de ron y recuentos de hazñas:

—...“esa mujei me toca a mí, ai cabo Sepúiv-da, maeño dende ei forro, y ai que no le ha gutao me tiene bien ceica”. Se alevantó antonce un blaquito presumió a querei tenaceaime, peo yo, hombre vivo, na má me ladié pa podei lo grailo entre cacho y quijá...

—Raso Estrella! — llamaron desde afuera con tono superior.

Silenciaron los héroes mientras algunos dijeron:

—Se fuñó poi jodón.

.....

—Recuérdese bien: vístase de civil y no use la pistola.

—Raso Astacio!

Se oyeron pasos en la calzada antes de que una voz dijera:

—Presén!

Encargado de asear el viaje presidencial estaba el capitán Hernández.

—Atienda a lo que voy a decirle...

—Le toy asuntando.

—Esta tarde usted saldrá para Macorís, sin falta, óigalo bien! Tan pronto llegue preséntese al jefe de puesto para que le enseñen al nombrado Luis Ureña ¿sabe?...

—Si señoi.

—Ese individuo está señalado como enemigo peligroso del gobierno y es necesario evitar cualquier inconveniente en el próximo viaje del señor presidente... Eso sí: actúe con cuidado, sin usar la pistola. ¿Me entiende?

—Perfetamente, capitán.

—Y fijese bien: en traje de paisano.

.....

—Raso García!

—¿Cuái de ello?

—Enerio García.

—Aquí toy.

—Aquí toy.

—¿Conoce a Cipriano Benítez?

—Si señoi, y mucho!

—Ya nos lo habían informado. Usted deberá salir esta tarde para Macorís, en unión de los rasos Estrella y Astacio...

—Yo soy cumplidoi, capitán. A mi no me agrada la desobediencia, peo ese viejo ej'amigo é mi taita. Se tratan como heimanoj...

—Ah, carajo! ¿usted piensa mezclar la vida del Jefe con las pendejadas de su pai? ¡Ni una palabra! Ese es un hombre muy sospechoso...

—Bueno capitán, uté é que manda y yo soy un

raso — dijo el guardia después de endurecerse tras las órdenes del superior.

—Pues tendrá tres rayas ¿sabe?

Y el raso Enerio, el hijo de Pablo García, hizo un saludo como jamás volverá a hacerlo, un saludo del alma, respeto del agradecido. ¡Tres rayas! Y pasando por sobre las primeras. Y más pronto que a muchos que tienen ya años!

—Ah, cará...! Me llevo hajta ei mimo taita — y se miró las mangas por ahora lampiñas.

Y tan pronto empezó a ver compañeros les miraba con la vista encaramada en una jerarquía, hundiéndoles la crueldad con que saldría el ascenso. Huyó entonces hasta la soledad como si temiera que ya todos supieran sus encargos o que los adivinaran en su rostro medio asombrado y medio encendido por la urticaria que le picaba en los cachetes. Quiso traicionarle, resucitando, el viejo contacto con el viejo don Chano, y parecieron perros ladrándole las palabras, acercadas por el recuerdo, que una vez el taita le dijera, enfermo:

—Mira, Enerio, si yo te deajo solo tu pai será Cipriano. Y ten en cuenta que ése é mejoi que yo.

Y se reconfortaba lamiéndose el remordimiento con los resabios alpinistas para los saltos criollos:

—Dipuéj de tóo, yo pueo llegai a sei presidente. Asina principiú éi, poitándose bien, y pior que yo!, poique antonce mandaban loj yanque. Continmá... —y volvía a verse las mangas peladas.

Después, corrió a empaquetar los trastos, buscando en la memoria a alguien que le hubiera algu-

na vez faltado en su pueblo, para que tal supiera ahora quien era Enerio García, no el de Pablo, sino el guardia, el raso García, ¿cuál de ellos?: Enerio García y Saviñón. Y por la vez primera embarró a la madre.

Salpullido de carbón son los negros sobre la papeleta ancha de los cañaverales. Ultimo tercio de la zafra significa rendimiento gigante, pero la pena del Taringo y la utilidad de los planes de huelga han cansado los brazos prematuramente. Y sólo algunos haitianos, enardecidos por las pelás con que surcaron de caminos los cuerpos de sus negras durante la noche pasada, están en el *allegro* de los picadores.

Todo tiene rabiosos a los capataces que entieñan las grampas de sus malas palabras hirientes: dos puntas, contra el dolor y contra la condición testicular de los braceros. El sol les acompaña como un toldo que resta el agua fresca de la sombra. Las negras se agachan junto a las latas en que se ablandan los víveres y algunas tienden los cazabes sobre los tejados como si desearan recoger en platos enormes un poco del sol que se pierde.

—Aviven la cosa, mariconej! E mejoi haceilo ahora ante que noj joamo con las agua.

Desde las oficinas, yanquis y criollos ordenaban el recargo por el temor a los torrentes del verano y por la tirria que los trabajadores profesan a las últimas cañas. Habían olido también el retículo de la revolución campestre, habían notado la impresión que regalan los hombres que han resuelto una ruta, macroscópica para los que nacieron

subyugados porque la placenta se hizo dueña del mejor salón del útero y porque el cordón fué lo primero que se enroscó en los cogotes. Los traidores han llevado un poco de impaciencia al buró, transformando el homicidio en una sonrisa de los jefes y en trece monedas norteamericanas:

—Elloj lo tienen planeado pa Junio, dique pa el último lunej...

—Okei.

En los umbrales, bajo los tendones de las jambas, está el rescoldo del gran calor de la llanura. Allí juegan hoyando la tierra los muchachos de los negros, en la negruzca imagen que vierten los aletros para que tengan piscina los pequeños.

Hay que iniciar una filosofía contra las gratitudes.

—¡Corran! Aguaiten, señoren!

Es una flecha el aviso, flecha encantada que se hace paso por entre las gramíneas localizando a los hombres para clavarles la *v* del vuelo sonoro portador de la llamada fortuita. Después de mirarse las caras corren muchos desde las piezas cercanas a la hilera de chozas que parece atar las cañas techando a los obreros, es decir, manteniéndoles en el centro de aquel sistema feudal.

—Por aquí, por aquí! Aguaiten que báibara la probe.

Llegan a una casa que ese día no hostezó temprano por las puertas de mal aliento, que se conservó abatida, tirada, prolongando la noche del descanso. Ya lagrimeaba la que dió la voz de alarma mientras señalaba por las hendijas de la vieja casa a los

primeros que surgían alumbrados por la impresión, poros vueltos luces opacas, desde los callejones que limitan los bohíos.

—Metan los ojoj, crijtiano, pa que se azoren. María Santísima...

Estrújanse los sudorosos para ganar la ranura, como si se abrieran de gratis las puertas de un cine. Quieren mirar a un tiempo a medida que levantan el alboroto. Y pierden la pauta cotidiana, pues en lugar de penetrar las tablas por cualquier parte, por las muchas heridas que de seguro tiene la casucha, quieren todos caber por la que apunta la vieja Rosario.

—Pero acaben de hablai lo que aguaitan, ca-rajo! — ordenan de atrás

—Y también ai muchacho — dijo el de turno como si hablara consigo.

—E que tan muevo loj dó. Abran de un pronto laj pueita, tai vé resuellen entoavía

Y hubieran preferido no hacerlo.

La vieja viuda de Prudencio Macario se había suicidado. Y no quiso abandonar al segundo repaso de la muerte la flaca madeja prieta del único hijo, después que las fiebres palúdicas la habían arrebatado el otro, el mayor, que vivió temblando. Viéronle los braceros: echados trás la colombina, ahorcando ella con las manos crispadas al muchacho mientras una cuerda la prohibía acostar la cabeza sobre los tablones sucios que trepan la tinaja por encima del resto terrizo del suelo.

Dijérase que Rosario habla por el micro, perifoneando una tragedia:

—...y an tocaba y tocaba vociándole: “seña Caridá, seña Caridá!, an pué y pásame ei plato pa poneile ei moro que ya le truje ei caido”, y como si tocara en un sepucro!, ni un ruidito siquiera asuntaba poi dentro. Antonce, de un pronto me dije: ¡Jum! que tendrá Caridá poi que ese no é sueño é crijtiano... Ya utede la ven, la probe.

Pero no la escuchan, pués no necesitan palabras para agarrar el móvil. De súbito se explaya un murmullo entre el montón de negros desnudos de pecho y hay el mismo apelonamiento de antes cuando quieren ahora precipitarse afuera porque la indignación no cabe en el bohío.

—Que naiden vueiva ai coite! Ni pa Junio ni ná, ¡carajo!, pa ahora mesmo! —vociferó el Taringo, saltona la mirada y la cara demasiado envejecida.

—Ahora memo, carajo!

—Y si aiguno se atreve que tumbé una caña.

—Hay que vengai la mueita que se mató poi hambre, carajo!

El suicidio ha prendido la mecha con antelación. Aun en el plazo fijado no hubieran actuado sin el parto de una indignación gigante. Ahora abortaba la indisciplinada energía latente, nada detiene los desastres que inundarían la llanura.

—Esoj haitiano tan coitando otra vuelta, echa loj perro seivilej...

—¡Con elloj, adulonej dei diablo!

Y coriendo hacia las piezas donde los haitianos reanudaban el trabajo con la despreocupación de los bueyes callados en la yunta. Huyen pocos pero

los más caen bajo los mochazos de la horda soberbia:

—Papasite, papasite, no me mat, papasit....

—Ejclavo de mieida, traicioneroj!

—Ay, papasite, yo no vueive otra vé.

—C'est le diable, papasit....

Hay una confusión de gritos y descargas sorpresas, a brazo entero. No se mecen las cañas porque la brisa está atónita, mirando una resurrección. A lo lejos, por las bodegas y por las oficinas, se mueven los hombres nerviosamente, simulando una llegada imprevista. Chilla la sirena de la fábrica, y es ella la única mujer que parece existir en los bateyes. De las chimeneas emerge más densa y más alta la humareda marrón —rótulo vertical de un medioevo. Sube la humareda mulata: es una raza que asciende, trepándose.

CAPITULO X

—Aló! Aló! ¿De la fortaleza? ¿Que no oye?—
Maldito teléfono— ¿Que si hablan de la fortaleza?
Sí, sí ¿del puesto de guardia? Anjá, hombre, anjá:
llame seguido al capitán de servicio. Es urgente.
¿Qué de dónde hablan? Del ingenio “La Esperanza”.
Pronto, ¡pronto!

Para llamadas así, de un ingenio, de un banco,
sabían los rasos que el capitán de puesto estaba
presente, siempre.

—Capitán, lo ñaman de “La Ejperanza”.

—Aló, aló, aló... Sí, habla el capitán... ¿Qué?
En estos momentos en que todo debe ser orden pa-
ra la llegada del Jefe? Muy bien, muy bien. Ente-
rado. Pronto estaremos allá. Enseguida. Ya verán
esos...

Y hubo vaivenes armados en todo aquel recin-
to.

.....
.....

Uno a uno, como premios gordos, sobre el ca-
mino suave color de ahuyama tierna, fueron lle-
gando los carros al Central — injerto de afuera
adentro. El número 36, el del señor gobernador de
la provincia; el 40, el del señor diputado y aboga-
do del ingenio; el del señor fiscal y el del capitán

de puesto, señor de la región, dueño de los juegos de azar. Situáronse en fila india junto a las galerías de la residencia de Mr. Henshaw, administrador de "La Esperanza". Mientras los chóferes formaban asamblea de uniformes y de comentarios, en una espaciosa sala con puertas a tela metálica, resolvíase la estrategia burguesa contra los negros alzados, con el escozor que fué fomentando el cocktail inminente: trato de buen gusto.

"Señores —comenzó diciendo el señor gobernador— un atentado contra el orden público, un intento de fracturar la paz de que gozamos desde que el más grande de los dominicanos escaló la primera magistratura del Estado, es un crimen contra la República, es decir, un acto salvaje contra la civilización que hace años nos pertenece, gracias a los esfuerzos de nuestro superhombre. Pero ese mismo atentado se hace ahora mucho más grave, porque, como todos sabemos, muy pronto, dentro de muy pocos días, esta rica región recibirá el divino obsequio que para ella significa la visita del insigne, egregio e ilustre Benefactor de la Patria. Por tanto, es casi un deber de amor propio para nosotros poner fin a la rebelión de los braceros de esta fuente de progreso y adelanto que se llama Central "La Esperanza", generosa y hábilmente dirigida por quien merece nuestro agradecimiento: Mr. Albert Henshaw, porque no puede existir en estos instantes preciosos para la provincia una sola nota de indisciplina ni de anarquía. ¿Qué dirá el Jefe amado de nosotros si permitimos que esa rebelión se prolongue? ¿Nos creerá realmente sus colaborado-

res? No, no y no. Es, por eso, indispensable para nuestra dignidad y nuestro futuro, que es el de la nación, acabar de una vez con tamaño atrevimiento de un grupo de negros”.

—Y actuar con mano fuerte para que se haga ejemplo y se eviten en el futuro semejante desórdenes— añadió Mr. Answer.

—¡Bravo!

—¡Viva el Benefactor!

—Sobre todo —vuelve a grabar el funcionario— es preciso que se tenga en cuenta que se trata solamente de unos cuantos negros analfabetos y descarriados. —Y para sí— Ah, cará!, maldito alcohol este, por eso son traidores las mezclas que hacen estos yanquis con tantas bebidas. — Olvidando que, con la precipitación del traslado, había olvidado aplacar la pelambre hirsuta de mulato cuarterón.

—Pues ya están de camino mis sesenta hombres, señores. Y bien armados. Es cuestión de minutos lo que les va a durar a esos salvajes la bobbería esta...

—Santé!, and good luck.

—¡Que viva el presidenteeeeee!

—¡Arribaaaa!

Y se desparramaron a hablar de los festejos.

El sol, como una moneda lustrada con cenizas, caía por la ranura del horizonte, alcanzía del astro.

Como en el fondo del mar se está viviendo en casa de Cipriano Benítez. Pesadas las palabras, son también imbéciles los modales. Parece que está deshabitada la casucha, pues ni el patio ofrece la blanca actividad de los lavados ni las empalizadas

oscilan en su función de péndulo para el reloj de la muchachería que juega a los bandidos. La torcida puerta callejera, que siempre estuvo medio abierta —sonrisa de la amargura pobre—, está ahora cerrada, ceñuda, porque se notan más las rajaduras que son las arrugas de la tabla.

Ramona vive por unos días con los Benítez, cooperando en ahuyentar la inconformidad que se ha hecho grandísima por las manos domésticas que intervinieron en la muerte de la Juana. Ella es por el momento dueña del bohío, mientras Cipriano amasa la meta al alcance de contados días.

El pueblo tiene retocado el maquillaje de las banderas y los empleados anhelan situarse a flor de carretera para el aplauso de la salutación servil a ambos lados de los vehículos atestados de fusiles. Las campanas de la iglesia descansan antes de la violenta danza a que las someterá el señor cura, y se han distribuido petardos de pascuas en busca también de las emociones del suelo. Será la competencia de las bullas.

En la loma "Yeguada" se han hecho fuertes los braceros. Desarmaron a dos pedáneos y tres revólveres más los arrancaron del cinto a los guardacampos que hallaron entre las fincas del camino. Marcharon incendiando las cañas, trastornando las vías de la locomotora y prendiendo una brasa de tentación y de incertidumbre en cada campesino. Eso fué trabajo de hombres, pués las negras llenaron de piedras sus faldones en afanosa recolección de proyectiles. De otros bateyes habíanse agregado picadores que engrosaron el montón original de

“La Esperanza”. Pero algunas mujeres chispearon la alzada con gritos de prudencia:

—Déjense d'eso, muchachoj, que loj van a matai como a pueico cimarrone.

—Señoren, con la guaidia no hay quien puea.

—Pendejoj, que no tan haciendo ná!

—No sigan, carajo!

Mas, la poblada continuó la ascensión a la “Yeguada”, donde se prepararon a la defensa con las cinco armas logradas y las piedras quitadas a los trillos. Y como el abrigo de la noche podía abrir un boquete a las espaldas, el Taringo dispersó a los más ágiles con la recomendación:

—Asunte bien muchachoj, pa que no noj asaiten de un pronto.

E inmediatamente se habló, también para que los demás le oyeran:

—Ya verán como se van a hacei sin bracero ai fin de la zafra. Pondrán ca uno a su mama a tumbai la caña finai!

A través de la noche corrió desafortadamente Julio de la Rosa, vomitando un aviso fatal:

—Taringo! Taringo! Van a cruzai ei río y son como cincuenta, que yo loj vide! Por ahí, poi la barranca de atrás, por ahí mesmo...

—A bregai, ¡carajo!

—Pué sé que noj joamo peo ante se mueren alguno, señoren!

Se aprestan a la defensa sobre la barranca: acercando las piedras que dejarán caer por el declive, si son peñas, para que bajen como golpes del

cielo, o que lanzarán como sondas, sin son guijarros pulludos.

—Atención muchachoj, ai menoi ruido, que trabajen laj piedra, que laj poquita bala son pa dipué, cuando temo ceica— ordenó el jefe de la protesta.

Pero abajo, un kilómetro más de noche, en la tropa los planes eran otros. El teniente habló frente a la impaciencia de los soldados:

—Ejperen que venga el haitiano que jué de inspección, pa que andemo maj pronto.

—Ya no debe tardai...

Habían enviado a un haitiano que se brindó a ello, para espiar la actitud de los braceros. Negro, pedazo mismo de la noche rodándose entre los arbustos, brujo y mañoso, sorprendió el descuido de los de arriba, arrastrándose con la respiración atada a la astucia crecida entre los montes. Al regresar, fatigoso, quiere recibir un premio dando satisfacción a la milicia cobarde mientras extiende la mano abierta de su aliento:

—Amite le teniente, ils son mirando la rí, et pur tant on pé atacá pur deriér.

—Tenga— y le alargaron cinco dólares.

—P'alante!, que loj vamo a rociai— mandó el teniente.

El haitiano echó a andar primero, guiando a la gentuza, rabiando cada vez que quienes le seguían denotaban su presencia rozándose con dureza en el ramaje. Llegando al pié de la loma, el guía dijo:

—Hata qui mi llegá— y se clavó en la tierra.

—Las ocho ametralladora que suban alante! Arrájtrense bien y ende que ten a tiro dijparen ba-

jito, muchachoj! —habló el jefe a media voz— Ei cabo y yo noj quedamo poi si el negro ha fallao.

La muerte comenzó a escalar el monte bajetón. Media hora más tarde, desde diferentes miras, la escuadra dominaba toda la espalda de la reunión rebelde que, callada, acechaba por la barranca como si fuera aquél el único camino.

—¡Ahora é!

Fué un salpicar de plomo. Como si mil carruajes violentos se lanzaran a cruzar un fangal interminable. Ducha de granizo sobre un zinc templado primero por un sol cercano.

—¡Carajo! Noj jodién...

—Noj han traicionao... ¡Vivan loj bracerooo!

—Que vi...

Mezcla. Quería cada uno ocultarse detrás de un camarada, pero pronto quedaba al descubierto para intentar echarse a la vertiente, mas, rodaba muerto tragándose medio grito:

—Asesinoj de...

Los guardias devolvían los insultos repulgándolos a máquina:

—Aguanten mariconej! Ejto é pa que sepan rejpetá la fueiza.

El Taringo tiene ya un brazo muerto. Dispara dosificando cada plomo porque apenas estaba completa el arma que robó al pedáneo. Nota que ha podido derribar a un enemigo pues cesa de golpe el fuego que le viene de la izquierda y entonces se resuelve a una salvación entre tanta sorpresa inhumana. Salta al matojo que oculta la ametralladora que parece arrepentida, y lo hace gritando:

—¡Vamoj a peliai parejo!, cobaides de mie...

Con él se devolvieron, como asidos por una cinta elástica, los últimos gritos de los que faltaban por caer:

—¡Ay, mi mama...

—¡Me han tro...

—¡Que vivan loj obre...

Y se durmió la "Yeguada", pero para luego tener pesadilla horrible, escarbadora del sueño:

—Repásenloj!, por un poisiacaso.

Aquella loma fué una altura muy brusca para los de abajo. La cima mojada de sangre debió santificarse, pués desde entonces la llaman loma de los Alzados.

Al día siguiente, los presos de la provincia picaban la caña final de "La Esperanza".

Si desde el pueblo hubieran escuchado el tableteo de las ametralladoras, habrían creído que llegaba el señor de la mandarria. Hubieran corrido al parque a bordar de curiosidades las aceras haciéndole a la calle dos ruedos de ignorancia. Porque cualquier ruido llamativo movilizaba la mente hacia la bienvenida en anuncio y una bocina alar-mada era capaz de arrancar aquel azogamiento:

—Jm!, ya si viene.

Pueblo que no conoce un rascacielo, le gusta verlo en las postales. Que marcha siempre a la cola del atleta forastero, para mejorarle. Pueblo sin servir: —¡ahí viene el presidente!

Está muy vacío "Los Asuntos". Los del barrio han bajado a encontrar la maravilla del adorno

que no puede dejar la calle céntrica. Rien las cho-pas en el aperitivo de las fiestas, contentas porque no son por ahora embromadas por los chóferes que están más ocupados detrás de los motores. En los balcones, siempre por encima, la buena sociedad se despega del piso dañado por los zapatos criollos de los pobres. Dejan caer la clase mala de la mejor saliva:

—Cuánta secundina!

La noche está iluminada por la animación de quienes ven sólo lo inmediato: el regocijo. Lo que está detrás, la figura del matón, no está tan clara cuando el pueblo mira con el humor y con los tonos de la sangre.

—Cipriano, me voy pa la saive. ¿Te ejpero?

—No, Felicia, Justino me ofreció arrimaise po'aquí.

El viejo quedóse entretenido detrás del cachimbo, presa de su obsesión, en su incansable jugada mental, esperando tal vez el último diálogo con el compadre que heredará sus bienes: la pobreza y la vieja. Siéntese ahora más dispuesto al sacrificio viendo que no quedará carne suya cubriéndose de insultos, pues quien pudo quedarse prolongándole en el barrio se le fué delante.

—Dipuéj de tóo, asina é mejoi — susurróse.

Llaman a la puerta y el viejo se asusta por el retorno tan brusco a "Los Asuntos". Cree que es Justino Viloría quien llega:

—Arrempuje!, compadre.

E inmediatamente gritó:

—¡Muchacho!

—¡Muchacho nó!, cará, Enerio García: ¡un hombre!

Y se avalanzó como un ventarrón sobre Cipriano atónito.

—Que vaj'hacei! Enerio!, Ene...

La bayoneta le alcanzó primero, sobre el cuello, hundiéndose fácil, porque el viejo iba a su encuentro queriendo escapar al levantarse con el pesado ademán de su estupor. Está viejo!

Se desploma bajo el golpe olvidando la defensa, pués brincan sus manos a la herida, que es un muro roto, precisa en el instante en que la vida habiale cargado la cabeza con los últimos tragos de la mente.

—Enerio, nó, poi Diój, ¡ahora nó!, muchacho, no me...

Huele a sangre y a ron.

—¡Carajo! ahora soy saigento!

Y se metió en la noche, persiguiéndose.

F I N

IMPRESORES



UNIDOS



BN
P
1